



MUSEO
DE LAS FAMILIAS.

LECTURAS

AGRADABLES E INSTRUCTIVAS.

TOMO XII.

MADRID: 1854.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

MUSEO

DE LAS BELLAS ARTES

LIBRO

DE LAS BELLAS ARTES

TOMO VII

IMPRESO EN MADRID

EN LA OFICINA DE LA BIBLIOTECA

DE LAS BELLAS ARTES

MUSEO DE LAS FAMILIAS.



Enero de 1854.

Vista de la catedral de Limburgo (ducado de Nassau), dibujada por E. Breton.

TOMO XII. 1

APUNTES BIOGRAFICOS.

WOLFRANG MOZART Y MARIA ANTONIETA.

¿Veis la catedral de Limburgo (ducado de Nassau), el monumento más pintoresco y extraño de este mundo? (1) A mediados del siglo último, en una calurosa tarde de otoño, un niño de edad de seis años, con largos y rizados cabellos, rostro inteligente y fino, mirada tierna y melancólica, calzón negro de seda con hebillas de plata, casaquilla de terciopelo azul abierta, y pethera de encaje, se desconsolaba por no poder entrar en aquel edificio, cuya puerta acababan de cerrar... Después de suplicar en vano al sacristán y al campanero, se sentó llorando sobre uno de los postes ó guarda-cantones de piedra, escitando la hilaridad de los que por allí pasaban y que le trataban de necio, cuando por la plaza ya desierta y oscura, atravesó una jóven de sorprendente hermosura, acompañada de dos señoras y un oficial austriaco. Aquella jóven le pareció al niño una divinidad omnipotente, corrió hácia ella, y la suplicó que le abriese la puerta de la iglesia.

—Podreis entrar conmigo, amiguito, porque vengo á ella en peregrinacion, dijo la encantadora jóven.

Y en efecto, todos obedecieron á la desconocida como á una reina, y el niño penetró en la iglesia con su comitiva.

Pasados algunos minutos, el órgano produjo los sonidos mas graves y melodiosos: la jóven parecia escuchar con éxtasis aquellos sonidos que descendian del cielo... y cuando se concluyeron las últimas notas, pasó de la sorpresa á la admiración, al ver al niño salir con los ojos humedecidos por el llanto:

—¡Cómo! exclamó, ¿sois vos el que habeis tocado esa pieza?

—Justamente, por eso quería entrar en la iglesia.

—¿De quién es esa admirable composicion?

—Mia: es un trozo de una misa de *Requien*, que me anda bullendo en la cabeza.

—¿Cómo os llamais?

—Wolfrang Mozart... ¿y vos, señorita?

—Sabreis mi nombre mas adelante, y no olvidaré el vuestro.

Le alargó la mano, se la besó, y quedó pensativo en el atrio.

Dirijámonos ahora al gran critico músico Scudo, y vea-

(1) El grabado que precede, revelará por primera vez á España, este curioso edificio, San Jorge, catedral de Limburgo, que no debe confundirse con la ciudad belga del mismo nombre, es un modelo completo del estilo romano-ogival. Fundada en 909 por el duque Conrado, y reedificada por el conde Enrique de Nassau á principios del siglo XIII, se halla flanqueada por dos torres de cinco pisos, unidas por un arco ó puente cubierto. En la parte interior del templo, son muy notables un púlpito de madera esculpida, que figura una multitud de cirios y de pirámides pequeñas, una preciosa custodia, un rico púlpito del siglo XV, la pila bautismal que es antiquísima, una porcion de lápidas sepulcrales, y los mausoleos de Conrado el Corto, y de otros personajes. Pero la mayor originalidad de la catedral de Limburgo es su posición sin igual en el mundo. «Está formada, dice Mr. Breton, para ilustrar al dibujante de paisajes que la copie: lo que no han podido conseguir mis lapiceros, lo lograrán tal vez sus pinceles y paleta: trasladará al lienzo el magnífico colorido de los peñascos cortados á pico, que sostienen la iglesia, los tonos variados de la fábrica, el vigor del negro molino de manganeso que ocupa el primer plano, y el fresco verdor de las cañadas que bañan las cristalinas aguas del Lahn.»

mos en su excelente libro el nacimiento y vida de Wolfrang Mozart.

«Juan Crisóstomo Wolfrang Amadeo Mozart, nació en Salzburgo el 27 de enero de 1756. Seis años antes, el 28 de agosto de 1749, la ciudad de Franfort sur Mein, daba el ser á otro Wolfrang, que dejará también una señal indeleble en la historia del entendimiento humano: no se crea que reunimos aquí sin falta de propósito á Wolfrang Goethe, y á Wolfrang Mozart: el autor de *Fausto* tiene mas de un punto de analogia con el *Don Juan*.

«El padre de Wolfrang Mozart era oriundo de la ciudad de Augsburgo, en donde su familia ejercia el oficio de encuadernador. Después de haber sido admitido en casa del conde de Thun en clase de *criado-músico*. Leopoldo Mozart fué á establecerse en Salzburgo, y habiendo obtenido una plaza de primer violin en la capilla del obispo, se casó con Ana Berthina, muger tan piadosa como bella. Leopoldo Mozart era un hombre instruido y un excelente músico, pero su gloria consiste en haber dado el ser al autor del *Don Juan*, y comprendido y dirigido su talento. Adivinó bien pronto el destino de su hijo, y desde entonces consagró su existencia á la educacion de aquel niño que consideraba como un ser superior, confiado á sus cuidados por la Providencia.

«Apenas tenía Mozart tres años, cuando ya pasaba sus manecitas por el teclado del piano, y se ensayaba en recorrerle segun se lo permitian sus cortos deditos: cuando llegaba á encontrar una combinacion nueva, sus ojos brillaban de alegría. A los cuatro años, sabia de memoria los pasajes mas notables de los conciertos ejecutados por su hermana, y su padre componia para él *piecicitas* que se han conservado, así fué, que Mozart aprendió la música como jugando, ó mas bien la música se despertaba en su alma con el sentimiento de la vida.

El carácter del jóven Wolfrang presentaba los mayores contrastes: era alternativamente bullicioso, jugueton, tranquilo y laborioso. Dotado de una sensibilidad estremada, ambicionaba el cariño de cuantas personas frecuentaban la casa de su padre, y les preguntaba muchas veces con encantadora sencillez si le querian mucho; si tardaban un poco en contestarle de una manera favorable, sus ojos se llenaban de lágrimas. A esa sensibilidad exquisita que se desbordaba al menor contacto, reunia una fuerza de reflexion, que manifestó desde muy luego con una decidida afición al estudio de las matemáticas; se preocupó tanto con él durante algun tiempo, que descuidó hasta la música. Llenaba las mesas, las sillas y las paredes de números y de figuras de geometria, y habiendo recibido de regalo un violoncito proporcionado á su estatura, se ejercitó en él por sí solo, y un dia que su padre recibió la visita de un hábil violinista, Wengt, que habia ido á ensayar algunas piezas de su composicion, el jóven Wolfrang solicitó también el tomar parte en aquella especie de concierto. «No, le contestó su padre, no puedes seguirnos, porque todavía no has estudiado el violin por principios.» El niño comenzó á llorar y á decir que para ejecutar una segunda parte no se necesitaba ser tan hábil. Pues siendo así, le respondió su padre, toca con monsieur Schachiner que está presente, pero muy bajito, porque si te se oye te haré salir de aquí. Mas ¡cuán grande seria el asombro de Leopoldo Mozart y de los concurrentes, cuando oyeron ejecutar al jóven Wolfrang con la mayor exactitud, no solo la parte de segundo violin, sino también

la de primero, infinitamente mas difícil? Con la misma facilidad aprendió Mozart á tocar los demas instrumentos, y adinuó casi todos los secretos de la armonia. Apenas tenia seis años, quando impulsado por una fuerza instintiva se puso á componer un concierto.

—¿Qué haces? le dijo su padre, que entró en su habitación acompañado de un amigo, al ver á Wolfrang emborronar un papel de música.

—Compongo un concierto, del que pronto estará concluida la primera parte.

—¿Nos haces el favor de enseñarnos esa obra maestra?

—No, aun no está acabada.

Leopoldo le arrebató el papel de las manos, y comenzó á examinar aquellos garabatos de niño; pero de repente se fijan sus ojos, se animan y se llenan de lágrimas, y luego entregando el papel á su amigo, le dice con una sonrisa de felicidad:

—Mirad, ¡está con perfecta sujecion á las reglas!

Así el padre de Pascal, cuando sorprendió á su hijo ocupado en las mas altas cuestiones de la geometría, cuyo estudio le habia espresamente prohibido, corrió á casa de un amigo suyo, á referirle, llorando de alegría, tan grande prodigio.

En el año de 1762, fue cuando Leopoldo Mozart, acompañado de sus dos hijos, comenzó sus largas peregrinaciones de artista por toda la Europa. Aquellos viages de toda una familia de músicos, que iban á buscar fortuna en países lejanos, era entonces, y son aun en el día, muy propios de las costumbres sencillas y aventureras de la nación alemana. Al hacer correr el mundo á sus dos hijos, Leopoldo Mozart tenia por objeto, no solo mejorar su modesta posicion, sino sobre todo el perfeccionar la educacion de su querido Wolfrang, poniéndole en relaciones con los grandes maestros del arte. Mozart, apenas tenia entonces seis años; su ejecucion en el piano era ya maravillosa; su talento precoz despedia por todas partes destellos, y parecia aguardar con impaciencia que la naturaleza le permitiese tomar posesion del vasto imperio del arte musical. Siempre apremiado por la necesidad de dar libre curso á su fantasia, era preciso prohibirle á menudo el trabajo, á que se aplicaba con extraordinario ardor. Leopoldo Mozart y sus dos hijos se dirigieron primero á Munich en el mes de enero de 1762, y volvieron muy contentos á Salzburgo, despues de haber sido durante tres semanas la delicia de la corte del elector de Baviera, una de las mas brillantes y de las mas aficionadas á la música de toda la Alemania; en el otoño de aquel mismo año, partieron para Viena, viage que fué un verdadero triunfo para Wolfrang; tuvo que detenerse cuatro dias en el palacio del obispo de Lintz, que no podia separarse de un niño tan extraordinario. El jóven Mozart tocó el órgano en un convento de franciscanos, en quienes escitó el mayor entusiasmo, y en las puertas de Viena dulcificó el rigor de los aduaneros tocando un minué en su violin. Apenas llegaron á la capital de Austria, cuando todos acudieron á oír al artista de seis años; de todas partes recibian invitaciones, y lujosos carruages llegaban sin cesar á la puerta de los pobres viageros; las nobles damas, los príncipes y los grandes señores se disputaban el honor de tener á su mesa á los dos hijos de Leopoldo Mozart, que en medio de sus triunfos conservaba su buen juicio, y su profunda piedad hacia la Providencia. Admitidos los tres en la corte, el emperador Fran-

cisco I salió á recibirlos hasta la antecámara, y los condujo con bondad á lo interior de las habitaciones, en donde se encontraba María Teresa rodeada de su bella y numerosa familia. Wolfrang, á quien nada intimidaba, se dejó sentar con mucha gracia sobre las rodillas de la emperatriz, que admiraba la gentileza de sus modales, tanto como su talento estrordinario. Se cayó en el pavimento escurridizo de los salones de palacio, y la archiduquesa María Antonieta se apresuró á acudir en su auxilio.

—Sois demasiado bondadosa, la dijo Wolfrang, y por eso quiero casarme con vos.

La princesa refirió aquellas palabras á su madre, y María Teresa preguntó al niño que de qué le provenia semejante deseo de casarse con su hija.

—Del reconocimiento, contestó: ha sido tan buena para mí, cuando sus hermanas me miraban sin moverse!

Un beso, acompañado de una graciosa sonrisa, fué la respuesta de la jóven y encantadora princesa al cumplimiento que la dirigió Wolfrang. ¿Quién sabe si aquel ósculo impreso por la boca adorable de la infortunada María Antonieta en la frente de Mozart, no depositó en ella el germen del hermoso carácter de doña Ana? El alma virginal de un niño de genio es un manantial profundo, que se alimenta con todas las primeras impresiones, de donde nacen esas creaciones encantadoras que pueblan el mundo de la imaginacion. Dante refiere en la *Vita Nuova*, que se efectuó una revolucion en su corazon, quando á la edad de ocho años vió por primera vez á Beatriz Portinari, que fué el sueño y la gloria de toda su vida. Goethe nos ha conservado tambien el nombre de la jóven oscura, que mas tarde llegó á ser en manos del poeta Margarita de *Faust*.

Debemos añadir, que Mozart habia reconocido en la archiduquesa, á la peregrina que le habia abierto las puertas de la catedral de Limburgo.

»Despues de una corta enfermedad de Wolfrang que fué acometido de viruelas, la familia dejó á Viena cargada de laureles. El 9 de junio de 1765, Leopoldo Mozart, su esposa y sus dos hijos, emprendieron un gran viage á Francia: atravesaron toda la Alemania, visitaron las ciudades de Munich, Augsburgo, Stuttgart, Mannheim, Maguncia, y en todas esas brillantes capitales que poseian cantantes italianos, compositores célebres, y capillas ricamente provistas de excelentes instrumentistas. Wolfrang escitó un asombro general por la diversidad de sus talentos, y la fecundidad de su imaginacion, improvisando alternativamente y con igual facilidad, en el piano, el violin y el órgano, que su padre le habia enseñado á manejar. El 18 de noviembre de 1765, llegaron á París, y Grimon, á quien iban dirigidos, tomó á los Mozart bajo su proteccion. Recibida en la corte de Versalles, aquella familia de artistas, tuvo el honor de asistir á la mesa del rey, en donde el jóven Wolfrang, colocado al lado de la reina Leezinska, que conversaba con él en lengua alemana, no cesó de besarle las manos con una familiaridad encantadora. Mozart fué presentado tambien á Mad. de la Pompadour, y aquella orgullosa sultana tuvo el mal gusto de negarse á recibir las caricias que Wolfrang se complacia en prodigarla. »¿Por qué, pues, exclamó el niño de genio, cuya altivez corria parejas con la ternura, no quiere abrazarme? ¡La emperatriz María Teresa y su hija, me han abrazado!...

En Inglaterra, en Holanda y en Italia, los triunfos y los

prodigios de Mozart fueron en progresion ascendente. Invitado por el rey Jorge III á improvisar un canto sobre un tono que se le dió, al punto encontró una melodía esquisita que acompañó con el saber de un maestro. Al ver ese sino sorprendente de la Omnipotencia, de la naturaleza y de la bondad divina, Leopoldo Mozart esclama en una de sus cartas: *lo que Wolfrang sabia al partir de Salzburgo, no es mas que la sombra de lo que sabe en el dia: lo que hace ahora sobrepaja á la imaginacion...* En Bolonia improvisó una fuga delante del padre Martini y Farinelli; en Roma, aprendió de memoria el miserere de Allegri, trozo muy difícil, que escribió y publicó por primera vez; en Nápoles, al ejecutar una sonata en el Conservatorio della Pietà delante de Jonelli y de una concurrencia inmensa, se vió obligado á quitarse una sortija que tenia en la mano derecha, para tranquilizar al pueblo que creia que ejecucion tan maravillosa, era efecto de un sortilegio. Hizo representar en Milan una especie de ópera dramática, cuyo éxito arrancó al viejo compositor Hase, estas palabras proféticas: «Ese niño nos eclipsará á todos.» A los doce años compuso la ópera bula la *Finta Semplice*, y á los catorce, la ópera seria *Mitridates*. En Roma, despues de oír una vez el miserere de Allegri, le cantó al dia siguiente todo entero al clave. Figúrense ahora nuestros lectores á un anciano mas que sexagenario, metido en el fondo de un oscuro palco, llorando al oír la música del *Idomeneo*, y los trasportes de entusiasmo que producía en todo el teatro; pues bien, era el anciano Leopoldo Mozart, que habia llegado ex-profeso de Salzburgo, para asistir á la primera representacion de la primera obra maestra dramática de su amado hijo, de su discípulo, de aquel ser superior que Dios le habia confiado, y del que veia por fin la glorificacion. Podía esclamar entonces con el apóstol: *Nunc dimittis Domine...*

Despues del *Idomeneo*, vino el *Rapto en el serrallo*.

—Muy bien, mi querido Mozart, decia de aquella ópera el emperador José II, pero tiene demasiadas notas.

—No tiene mas que las necesarias, señor, contestó con altivez el artista.

Mozart conocia todo su valor, y trataba de bárbaros á los parisienses, que no debían comprenderle hasta despues de su muerte.

A los treinta y cinco años, Mozart habia producido toda clase de obras maestras que no tenían rival; habia escrito *Ascanio*, *El sueño de Escipion*, *Sila*, *La Giardiniera*, *Idomeneo*, *El rapto*, *Las nupcias de Figaro*, *Cose fan tutte*, *La planta encantada*, *La clemencia de Tito*, y en fin, *Don Juan*, ese non plus ultra de la música.

En 1791, fué cuando un desconocido le entregó una carta sin firma, en la que se le pedia una misa de *Requiem*, en que incluyese el trozo compuesto por él á la edad de seis años. Lo prometió, fijó el precio, y se puso á trabajar. Poco tiempo despues, el desconocido volvió con una segunda carta, que contenia el precio convenido, y el anuncio de una suma mas digna de Mozart; así las cosas, el maestro fué invitado á pasar á Praga, para la coronacion de Leopoldo III. Iba á subir muy contento en el carruage, cuando el desconocido volvió á presentarse como un fantasma.

—¿Y la misa de *Requiem*?

—La tendreis á la vuelta, respondió el artista, poseído de un funesto presentimiento.... Volvió en efecto, cayó malo, pero trabajó con ardor. Esa misa, dijo, servirá para mis funerales!... Su médico le arrebató el manuscrito, pero su muger se lo devolvió accediendo á sus instancias. Siguió componiendo dia y noche; cada nota respira una melancolía sublime; en cada trozo resuena el eco de un mundo superior, y sobre todo en el *Agnus Dei*, que Mozart concluyó al espirar, el 5 de diciembre de 1791. Su vinda, que refirió esta aventura á Mr. de Sevelinges, entregó entonces la obra maestra suprema al desconocido, y éste la llevó á la persona que la habia encargado, y que dió á conocer demasiado tarde:—á la antigua peregrina de la iglesia de Limburgo, la archiduquesa de Austria que habia abrazado á Wolfrang, á María Antonieta, reina de Francia, que dominada de ideas fúnebres, vislumbraba la cuchilla de la guillotina....

¿Por qué el artista no supo de donde le venia aquel homenaje? ¿y por qué la reina ignoró el fatal resultado de su incógnito?

¿Querria Dios rodear de un misterio impenetrable la extraña relacion de esos destinos; Wolfrang, Mozart y María Antonieta?



GLORIAS DE ESPAÑA.

EL CONDE FERNAN GONZALEZ.



Deteneos, y no profaneis este tranquilo y sagrado recinto.—Pág. 6.

I.

Amaestrado en continuas y sangrientas lides el valiente Fernán González, aquel que por su magnánimo denuedo había sido proclamado conde hereditario de Castilla, y acostumbrado á la vida agitada y llena de emociones de los campos de batalla, no podía permanecer ocioso en los cortos momentos de descanso que le dejaban sus porfiadas contiendas con los reyes de León y de Navarra, y mas todavía su lucha á muerte con los musulmanes en España; pues sabido es que el animoso conde no solo desafiaba, sino que contrarestaba todo el poder de el opulento califa de Córdoba, el gefe del islamismo en todas las regiones de Occidente.

La caza, y sobre todo la peligrosa caza de montería, verdadero simulacro de la guerra, era el marcial ejercicio en que el conde esparcía su ánimo, distraía sus ocios y alentaba los brios de su gente, entonces que convenia mas que nunca prepararse á nuevos trances, pues habian llegado noticias de que los moros de Córdoba, en número considerable y al mando de Almanzor, traspasaban ya las fronteras de Castilla. Residia el conde en Salas y el vasto, quebrado y pintoresco territorio que desde esta villa se estiende hasta

la antigua Burgos, era el campo favorito de sus escursiones y del que nunca se volvia sin abundantes despojos. Hubo un dia, sin embargo, en que la cacería fué mas feliz y en que repetidas veces resonaron á orillas del Arlanza los gritos de los cazadores, los ladridos de los perros y los ecos de las bocinas, celebrando algun nuevo triunfo debido á la constancia, á la serenidad y el denuedo. Gozo daba ver cruzar por la llanura á los ginetes arrebatados por sus ardorosos caballos y á los perros galopando sin perder terreno, siguiendo la pista de alguna fiera que exhalaba sordos gruñidos de furor, y produciendo los mas discordantes sonidos que retumbaban en las cavidades de la montaña. Era ya al declinar de la tarde y el conde volvia algun tanto separado de los suyos, dejando que respirase su fogoso caballo, cuando sintió que á su espalda los arbustos se conmovian fuertemente, y al tiempo de volver la cabeza, vió que por entre ellos asomaba un monstruoso jabali con la boca ensangrentada. Volvió el conde la rienda prontamente, pero la fiera no reparó en él, y bajando del repecho por donde habia asomado, cruzó el sendero, y desapareció por la pendiente opuesta. Dió el conde el grito de alarma y como no habia tiempo que perder, partió en pos de la fiera, empenándose en una tenaz persecu-

cion por una garganta estrecha y profunda que serpenteaba entre las rocas cubiertas de espesos matorrales. El conde juzgando que aquel lance solo para él estaba guardado, iba lleno de gozo espoleando á su caballo que salvaba los torrentes, los barrancos, los troncos de árboles, piedras y maleza que se oponian á su paso, dejando muy atras al resto de los cazadores, en términos que muy pronto dejaron de oírse sus gritos y los ladridos de los perros. El conde sin reparar en esta circunstancia, seguía sin perder de vista á la fiera que se dirigía en línea casi recta á la parte mas árida y salvaje de la montaña, subiendo á una especie de plataforma dominada por rocas perpendiculares y peladas. Metióse el jabali por una estrecha entrada que habia entre las rocas y el valeroso conde sin titubear, se arrojó del caballo y empuñando su venablo penetró tras de la fiera, pero dió tiempo á que se le escapase y desapareciese por un recodo, cubierto de yedra, suspenso como se quedó á vista de un extraño espectáculo. Todo en aquel ignorado recinto revelaba la mano del hombre y daba señales de cultivo: ademas, en el fondo se abría una caverna, dentro de la cual se veía brillar una luz. Avanzó intrépido el conde hácia la caverna y ya iba á penetrar en ella, cuando por un oscuro boqueron, medio cubierto de yedra, apareció un hombre anciano, vistiendo tosco sayal y apoyado en su báculo, el que gritó al conde con energia:

—Deteneos, y no profaneis este tranquilo y sagrado recinto: logrando interponerse al mismo tiempo entre el conde y la entrada de la cueva.

Suspenso quedó el conde á vista de aquel anacoreta cuya blanca y suave barba contrastaba notablemente con sus tostadas facciones. Hombre era el conde cuya fija mirada no podian resistir los suyos, y sin embargo en aquella ocasion miraba á el anciano con el mas profundo respeto, y cuando se sintió verdaderamente consternado, fué al oírle exclamar en tono profético.

—Lejos de vos, señor, todo pensamiento de muerte y destruccion en este momento. Entrad, conde de Castilla, humillaos ante el Dios á quien se venera en este recinto piadoso, y pedidle con fervor por el buen éxito de la batalla que vais á dar á los infieles. Por vuestro bien os ha descubierto la Providencia este asilo ignorado del resto de los hombres.

Lanzó el conde el venablo al suelo, descubrió su cabeza y á imitacion del ermitaño, dobló la rodilla y oró con fervor al poderoso Dios de los ejércitos, y tan sobrecogido, como si en el estrecho recinto de aquella pobre cueva se hallase enfrente de toda la magestad divina.

II.

Ignoraba completamente el conde Fernan Gonzalez que en sus mismos dominios y tan cerca de su residencia, hubiese un afortunado mortal, apartado del trato de los hombres, exento de ambicion y de cuidados y distribuyendo el tiempo entre la oracion y el cultivo de la tierra necesario para su sustento. Asi es que terminada la oracion, aceptó con curiosidad y placer el ofrecimiento que le hizo el anciano, de que pasase á descansar á la gruta que le servia de morada. Informóse primero de si antes que fuese mas entrada la noche, podria sacarle de aquellas asperezas y ponerle en camino seguro por donde volviese con presteza á Salas á tranquilizar á los que quizá lamentaban su ausencia, y como el ana-

coreta le contestase resueltamente que si, y que no tuviese cuidado por eso, entonces penetró en otra cueva próxima á la que servia de ermita y se sentó sobre una lanuda piel, puesta sobre un monton de hojas secas.

El anacoreta le ofreció en seguida alguna fruta fresca y de buen parecer y salió á llenar un jarro de agua en el próximo y cristalino manantial. Despues al tender la vista sobre tan frugal alimento, exclamó con dolido:

—¡Ah! yo nada tengo con que obsequiar al ilustre huésped que la Providencia me envía. Esas frutas son mi habitual alimento y aun el pan es un regalo que contados dias del año me puedo proporcionar.

Pero el conde, que estaba muy gozoso con aquel inopinado encuentro, probó sin desden la fruta y entró con el ermitaño en una conversacion que tenia un inefable atractivo para él. Empezaba á mirar con admiracion y casi con respeto á aquel hombre que viviendo en tal soledad, tan experimentado parecia en todos los sucesos de la vida, y escuchaba sus máximas saludables con la mas profunda atencion.

Como el conde se hallaba dominado por un pensamiento constante, no pudo menos de traer la conversacion al punto que el deseaba y preguntó al anciano:

—¿Con que os parece, padre mio, que obtendré el patrocinio del cielo contra los infieles?... ¿Y que deberé entrar pronto en batalla con la grata esperanza de la victoria?

—Cuanto antes, conde de Castilla, debes salir en busca de el enemigo. Yo en nombre del cielo y por la intercesion de el principe de los apóstoles, á quien está dedicada mi pobre ermita, te pronostico la victoria, á ti noble conde que no estás poseido de la ambicion y la envidia; á ti que no vuelves contra tus compatriotas la espada que debe dirigirse contra el enemigo comun.

Las palabras del respetable anciano y su tono de inspiracion, inundaron de gozo y de consuelo el pecho del conde que se levantó presuroso exclamando:

—Nada mas quiero saber y voy presuroso á infundir á los míos esa confianza que me habeis sabido inspirar. Solo os suplico que si posible fuese que abandonaseis este sitio, viniérais á mi lado; donde nada os faltaria y donde vuestra presencia me seria tan útil.

—¡Imposible, hijo mio! Los cortos dias de vida que me restan han de acabar precisamente en estos sitios. Ademas todo cuanto pudieras ofrecerme es mezquino y frivolo en comparacion de otros goces mas puros que yo aqui me he sabido proporcionar.

Tomó el ermitaño su báculo y salió delante del conde: porfiaba éste para que solo le diese las señas del camino; pero el buen viejo con una presteza sorprendente en sus años, echó á andar por aquellos vericuetos. Como el sendero era estrecho, el conde siguió á pié á su lado, trayendo al caballo detras asido de la rienda. La luna habia subido ya sobre el horizonte lo suficiente para iluminar las montañas con su plateada luz, produciendo grandes efectos de claro oscuro en las quiebras de los riscos, presentándose el paisaje tan bello como imponente. El conde se convenció de que él solo nunca hubiera acertado con una vereda que le condujese á camino seguro y que se hubiera cansado en dar vueltas inútiles sin acertar con la salida de aquel laberinto. Llegaron por fin á parage desde el que el anacoreta le mostró á lo lejos con su báculo el verdadero y recto camino. El conde, antes de montar á caballo, cogió las manos del an-

ciano y se las estrechó y besó con efusión diciéndole:

—Espero, padre mio, que nos volveremos á ver

—Tal vez cuando vuelvas á este sitio, ya no existirá; contestó el anciano tristemente, y solo quedará mi pobre ermita á la que espero consagrarás despues de victorioso un recuerdo de gratitud.

—¡Ah! os lo juro y que de mi gratitud será bien duradero el recuerdo en estos sitios.

Dijo el conde y volvió á Salas con toda la velocidad que permitia su fatigado caballo.

III.

Cuando el conde Fernan Gonzalez, apurando todos los recursos de su poder, aprestó su gente para salir al encuentro del enemigo, se conoció que la empresa de resistir á éste rayaba en temeraria, siendo así que á los 80,000 combatientes de que constaba el ejército de Almanzor, solo podía oponer el conde menos de la mitad, aunque mas valientes y aguerridos. La prudencia aconsejaba mantenerse á la defensiva, y el conde hizo avanzar sus tropas hasta un punto en que, favorecidas por el terreno, pudiesen contraestimar el primer ímpetu de los infieles, y dar tiempo á que las villas fronterizas se pudiesen en defensa; pero tan confiados en su poder venian los árabes, tan seguros de su triunfo, que al instante empezaron la batalla, y ver á los cristianos y arrojarse sobre ellos sin descanso y sin tregua, fué todo una misma cosa.

Sufrieron impávidos los valerosos castellanos las primeras descargas de largas flechas que traspasaban los hombres de parte á parte, y resistieron las cargas de la caballería enemiga, que con tanto ímpetu como algazara venia á estrellarse en aquellas masas de hombres inmóviles á pié y cubiertos con sus pesadas armas. Inútil fué el empeño de los enemigos para dividir y desbaratar las filas; parecia que aquellos hombres estaban resueltos á morir mas que á vencer. Mas el animoso Fernan Gonzalez, que aun sin tener en su pecho cierta seguridad de la victoria, no hubiera tolerado tanta arrogancia y osadía de parte de los enemigos, fué el primero que dió la señal y el ejemplo de combatir, arrojándose contra los infieles. Púsose en movimiento todo el ejército lleno de ardimiento y furor, y entonces cerró la pelea brava y sangrienta, en la que por una y otra parte se hacian prodigios de valor.

El conde Fernan Gonzalez, lanzando su grito de guerra y abriendo ancha brecha con su formidable espada, penetró bien adentro en las masas enemigas, siguiéndole los mas valientes de los suyos que tenian á mengua abandonarle en medio de los infieles. Todas las arremetidas de estos eran contra el conde y su séquito, conociendo que en vencer aquel obstáculo estribaba la consecucion de la victoria, y avergonzados por dejarse vencer por unas fuerzas tan inferiores á las suyas; mas solo consiguieron que el campo quedase cubierto con sus cadáveres, y que la victoria se decidiese mas pronta y completamente á favor de los castellanos y de su animoso gefe, que ni habia dudado de ella un solo momento, ni habia dejado de traslucir en su semblante, aun durante la pelea, esta grata esperanza.

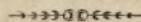
Esta victoria, por su influjo moral y por las consecuencias que tuvo, fué una de las mas memorables que consiguieron las armas cristianas, y el glorioso preludio de los

memorables triunfos que desde el año de 932 en adelante obtuvo el conde Fernan Gonzalez, y que le hicieron ser aclamado como el primer héroe de España. En vano los infieles con obstinada porfía volvieron una y otra vez á la pelea: en vano les llegaron muchos y poderosos refuerzos; siempre fueron ignominiosamente vencidos, siempre fueron rechazados con estrago y mortandad. Es cierto que en algunas jornadas, como la de San Esteban de Gormaz, las huestes castellanas triunfa ron ayudadas de las de Leon; pero no es menos cierto que en otros ataques de los infieles, el conde de Castilla se sostuvo solo con su valor y sus recursos, sin que otros príncipes comarcanos hiciesen el menor amago de socorrerle.

Despues de la sangrienta batalla de Hasiñas quedó asegurada la paz en Castilla, y su conde soberano recibió las felicitaciones que le dirigian de todas las provincias por el triunfo de las armas cristianas: entonces fué cuando el conde trató de realizar un designio que hacia tiempo tenia meditado, para cumplir su promesa y dar muestras de su gratitud al Dios de los ejércitos que le habia dado la victoria. Fué á dar fervorosas gracias á la misma pobre ermita en que habia tenido tan feliz presagio, y á muy pocos pasos de ella resolvió levantar un templo, que así fuese un testimonio de su agradecida piedad, como un monumento de sus victorias. Destinando á la construccion de esta fábrica una buena parte de los despojos cogidos al enemigo, en breve estuvo edificado á orillas del Arlanza un monasterio bajo la advocacion del príncipe de los apóstoles, á quien estaba dedicada la antigua ermita.

Tal fué el origen de ese monasterio de San Pedro de Arlanza, tan celebrado en nuestras antiguas crónicas, y del que se conservan todavia vestigios venerables. El fué repetidas veces la residencia predilecta del conde; á él mandó que se trasportasen sus cenizas frias, y en él quedó tambien depositada su espada vencedora, cuando muerto Fernan Gonzalez, pareció que con él quedaba allí tambien sepultada la prosperidad de las armas cristianas.

F. FERNANDEZ VILLALRILLE.



EL AÑO NUEVO.

«Per troppo variar natura é bella.»
DANTE.

De nada sirven los grandes proyectos, las mas gigantes cas empresas, las ilusiones mas ricas, ante la mano destructora del tiempo. Nada se opone á su curso. Cada año que vemos desaparecer es un paso que damos hacia el sepulcro, verdadero *non plus ultra* de la sociedad humana. Esto efectivamente no tiene nada de nuevo, pero ¿ofrece acaso novedad alguna el modo con que los años se suceden unos á otros? ¿Es acaso nuevo el sentimiento que experimentamos al ver cómo se sepulta en la mansion del olvido un año de nuestra existencia? No por cierto. Me acuerdo que desde que he tenido edad para sentir, miro con una profunda tristeza llegar el día de año nuevo. En ese espacio de doce meses ¡cuántas esperanzas no hemos abrigado en nuestro corazon, cuántos castillos en el aire no hemos formado, cuántos proyectos para el porvenir no hemos hecho!

El adios parcial que damos cada día último del año al que desaparece, no es otra cosa que una parodia del adios final que damos á la vida. *Per troppo variar natura é bella*; mentira inaudita. La naturaleza no varía; se imita, se plagia. Nosotros queremos también variar y nos plagiamos como ella. Año nuevo, vida nueva, decimos siempre que llega el primer día del año. Parece que nos pesa de cuanto hemos hecho el anterior, y pretendemos echar un velo al pasado, como si no fuera bastante el velo del tiempo. Ese dicho vulgar es nuestra confesion esplicita, es el *Señor, pequé*, de nuestras esperanzas muertas y el porvenir de las que hemos de volver á abrigar en el año venidero.

El hombre se cree bastante fuerte para dominar sus pasiones y prever los acontecimientos. Cree que basta la intencion de hacer vida nueva para olvidar sus mañas anteriores. Pero el hombre no es animal de enmienda; lo es mas bien de costumbre, y vuelve á pecar en lo que mas queria no reincidir. Si por su indolencia perdió una gran fortuna ó desperdició una buena suerte, jura que el año nuevo será trabajador y aplicado; si se fió demasiado de las promesas de sus amigos, si creyó mas que debía en los juramentos de una muger, asegura que desde año nuevo será desconfiado con los hombres é incrédulo con las mugeres. ¡Locura insensata! El año nuevo, como el viejo, y como todos, le ven indolente, crédulo y confiado. Sus proyectos solo le duran las veinte y cuatro horas del día de año nuevo. Por eso mismo sentimos que huya el tiempo tan velozmente. En cada año hemos depositado parte de nuestros sentimientos y algo de nuestro corazon. Hacemos lo que un jardinero que poseyendo solo unas cuantas rosas, diera cada día una á un niño que la despedazara en el acto. Cada vez que llegase la hora de darle otra, le atormentaria el recuerdo de la pérdida. Así el hombre desperdicia sus esperanzas, colocándolas en un año que nos abandona y volviéndolas á depositar en otro que ha de abandonarnos á su vez como los anteriores.

Antes para la juventud no habia año nuevo. El torbellino de los placeres, la fuerza de la edad, hacian que los jóvenes viviesen solo del presente. El nuevo año era para ellos otros doce meses de delicias y locuras. Hoy la educacion ó la lectura hace de nuestra juventud un niño con canas; nacemos y pensamos;—peor que antes, es cierto;—pretendemos leer en el porvenir, cuando nos falta talento para analizar el pasado. Nuestro siglo, el siglo de las luces y del desencanto, nos arrebató en su torrente. No hay jóven que no haya analizado *la peau de chagrin*.

Antes, como he dicho, la juventud veía en el año nuevo otra era de delicias. El hombre de edad provechosa hallaba en el año nuevo un tormento. Ahora sucede lo contrario: la juventud se ha hecho filosófica y la vejez cándida. El niño discute, el anciano juega. Es el mundo al revés. Yo creo que esto es peor; pero como lo malo suele ser lo cierto, no lo pongo en duda. Nos hemos familiarizado con los grandes pensamientos y filosofamos con un descaro inaudito.—En mi concepto, la explicacion de este fenómeno es sencilla: los hombres graves, que debían encerrar en sus bibliotecas la filosofía y el desencanto, las han dejado abiertas, por correr tras del positivismo. La industria, los caminos de hierro, han llamado su atencion. Los hombres graves se han lanzado á las ciencias físicas, consideradas prácticamente, y la juventud se ha lanzado á las bibliotecas y las cátedras al

hallarlas abiertas. Por eso, mientras los hombres ven con indiferencia cómo se suceden los años, y miran llegar el año nuevo como un eslabon que se rompe de la cadena que sujeta sus descubrimientos, los jóvenes lloran al observar que ese año se lleva su juventud, y les coloca paso á paso en la lista de los hombres. ¿Qué es nuestra vida entonces en el siglo XIX? Si cuando niños estudiamos, si cuando jóvenes leemos, escribimos y pedanteamos, si cuando hombres comerciamos y descubrimos, y cuando viejos morimos, ¿cuándo gozamos? ¿En qué época de la vida están nuestros goces? ¿qué año nuevo nos trae la distraccion y la ventura?

Lo ignoro: yo soy muy jóven aun, y todavia no he podido felicitar al año que viene; siempre he llorado al año que se va. No finjo hastío de la vida: no he vivido, y mal puede uno haziarse de lo que no conoce: no blasono de descreído y desengañado; pero sin hacer nada de esto, tampoco puedo decir que he gozado. Así es, que como los años en que debiera hallar goces y placeres, se me van de entre las manos con tal prisa, y no espero encontrar la felicidad en los venideros, cada día 31 de diciembre es para mí uno de aquellos que los egipcios marcaban con tinta encarnada en sus calendarios. Ese día paso revista al año que muere. Hago su analisis anatómico. Esplico mis sueños, doy un adios á mis ilusiones que desaparecen y que no he de volver á ver, y procuro dormir. Procuro hacerlo, pero no duermo. Sueño por última vez del año entre el pasado y el porvenir. Me despido del año que espira y felicito al que nace. Hago con mi vida lo que los heraldos con sus reyes. *«El rey ha muerto! Viva el rey!»*

No soy fatalista: si lo fuera, pensaria que todos los años habian de ser malos para mí, pues tan mal recibí su entrada. No pertenezco tampoco á los que creen que en el nuevo año van á ver nuevas cosas, entre ellas *variar la natura*: nada de eso. Los años no son distintos: son siempre uno mismo que se reproduce hasta el infinito, como un espejo enfrente de otro. Es el mismo Saturno con diverso traje; traje que toma color, segun el deseo del que le mira. ¡Pobre del mortal que siempre le ve negro!

No es extraño que mi artículo participe de esta tinta, pues ya he dicho que el día último del año siempre es para mí día de mal humor. El mal humor es mi pecado cotidiano. Si los pecados se pagan segun se cometen, si es cierta en la otra vida la pena del talion, les tocará castigarme á los diablos peor humorados. Allí podré esclamar como el rey don Rodrigo:

*«Ya me comen, ya me comen,
por do mas pecado habia.»*

Para ver, sin embargo, si mi mal humor tiene un término, suelo el último día del año, escribir mi memorial al venidero, en el que hago mencion de mis méritos del pasado; pero desgraciadamente mis memoriales son siempre la carta de Urias. Este artículo es hoy mi memorial; ni tiempo me queda para acabarle. El reloj da las doce. Saturno se quita la ropa del año 53, y se viste el traje de 1854. Le reconozco, es el mismo. Los humanos creerán mañana al despertar que es año nuevo. El año 54 es el mismo, le he visto bien, no tiene nada de nuevo. La naturaleza será la misma; las horas y los días iguales. ¡Dichosos los que crean que el primer día de enero es año nuevo!

51 de diciembre de 1853.

LUIS MARIANO DE LARRA.

EL TEATRO EN FAMILIA.

UN CASAMIENTO DE REAL ORDEN.—COMEDIA EN UN ACTO.



Retrato de Federico II (el grande), rey de Prusia, copia del grabado de Ph. André Kilian.
TOMO XII.

Cumpliendo el ofrecimiento hecho en el prospecto, publicamos una pieza de muy fácil ejecución, a propósito para representarse en el próximo carnaval, á la que seguirá una comedia proverbio original de don Manuel Breton de los Herreros escrita espresamente para el MUSEO DE LAS FAMILIAS.

PERSONAJES:

FEDERICO II, rey de Prusia.
ALBERTO HOSTEN, sargento.
LUDOVICO HOSTEN, sargento.
CATALINA REIWEL, aldeana.
CARLOTA REIWEL, ídem.
KELLER, comandante.
Soldados.

La escena pasa en el fuerte de Marienstadt, año de 1780.

Una habitación sencilla y severa. Puertas á la derecha y á la izquierda. Un balcón en el foro. Mesa, etc.

NOTA. El asunto de esta comedia es histórico.

ESCENA I.

CATALINA, sola con una carta en la mano.

CATALINA. En fin; héme aquí dentro de la plaza, como dicen los conquistadores; pero no sin trabajos, ni fatigas. ¡Cuántas puertas, cuántos cerrojos, cuántos parapetos, cuántos fosos, cuántos centinelas, y cuánto ¡quién vive! Se llama esto una fortaleza? Mas bien debía llamarse una prisión.... Creo que debe ser mas difícil salir de aquí que entrar.... y ahora veo que mi pobre hermana Carlota, que se asusta de su sombra, jamás se habria determinado á desempeñar esta terrible comision....

¡Qué aventura tan singular!... Carlota, hilaba tranquilamente guardando su rebaño, cuando pasa un desconocido y se detiene delante de ella.... Todo un caballero, un anciano, me dijo Carlota, de presencia noble y magestuosa, con una sonrisa y una mirada maliciosa; con sombrero y botas militares, con baston.... Carlota no habia visto nunca á este caballero, y por lo tanto le causó una impresion extraordinaria, y le dió el tratamiento de *monseñor*.... (Imitando el diálogo).

—¿Cómo te llamas, preciosa niña?

—Carlota Reiwel, para serviros.

—¿Para servirme?... pues sea.... tal vez tenga necesidad de tí.... ¿Qué edad tienes?

—Diez y ocho años.

—¿Cual es tu ocupacion?

—Soy pastora, y guardo el ganado de mis padres que son arrendatarios en el valle.

—¿Te has casado?

—Todavía no, monseñor.

—¿Tienes dote?

—No lo sé.

—Pues bien; puedes contar con una dote, si quieres servirme como decias hace poco....

Y dió á Carlota un bolsillo con doscientos florines de oro.

Mi hermana comenzó á temblar. Sospechaba que este caballero era un hechicero, y se le figuraba que se quemaba los dedos con su oro.

Sin embargo, el otro saca una cartera de su bolsillo, escribe una carta, la cierra con mucho cuidado y continúa tranquilamente:

—Para ganar estos doscientos florines no tienes mas que llevar este mensaje al fuerte de Marienstadt. Enseñarás este sello á los guardias, y todo el mundo te dejará pasar. Preguntarás por el mayor Keller, comandante, y solamente á él entregarás la carta. ¿Quedas enterada?

Carlota tuvo ganas de decir que no; pero le parecia aun mas difícil rehusar que aceptar, de manera que no dijo ni que si, ni que no, y el desconocido tomando esta reticencia por un consentimiento, le dejó la carta y los florines, dándole dos palmaditas en la mejilla, y se alejó repitiendo: —En Marienstadt, dentro de una hora, y solo al comandante.

En esto lego yo, y encuentro á mi hermana turbada y confusa. Habia colocado la carta á la derecha, y el bolsillo de los florines á la izquierda, y á fuerza de razonamientos y de estremecerse, se persuadió de que tenia que habérselas con el diablo en persona.

Me cuenta la aventura, y yo me echo á reir de todas veras. Dios me ha hecho así; cuando veo que otros tienen miedo, yo tengo entonces mucha audacia. Dios ha dado á cada uno su carácter especial. Me gusta el peligro; yo atravieso el bosque sola, y nunca he visto al lobo.

—¡Una comision para Marienstadt! dije á mi hermana; pues es un ángel y no el demonio quien nos proporciona este incidente.... Las dos estamos prometidas á los sargentos Alberto y á Ludovico Hosten; hace tres dias que partieron á esa fortaleza.... Este es el mejor medio de tener noticias tuyas, y acaso de verlos hoy mismo.... ¡Qué sorpresa para ellos, y que alegría para nosotras!... Sin contar los doscientos florines de oro, que no se hallan á cada paso.

Y al mismo tiempo recojo el bolsillo, que por cierto no oía á azufre, y volviendo y revolviendo la famosa carta, pido á Carlota en nombre de su prometido y del mio, que me deje la custodia de su rebaño y vaya á la fortaleza.

—¡Jamás! esclama mi hermana; yo no me atrevo. Si quieres ir en mi lugar, añadió, yo te doy los doscientos florines....

Yo no dejo que me lo diga dos veces, y respondo:

—Acepto la mitad. Con eso estaremos ambas dotadas, y ¿quién sabe?... tal vez mañana casadas....

Y héme aquí en la fortaleza. El desconocido no se habia equivocado; su sello me ha abierto todas las puertas.... Los centinelas me han presentado las armas.... He sido recibida con todos los honores de la campaña; poco ha faltado para saludarme con salvas de artillería.... Es preciso que este caballero sea un gran personage, y que esta carta contenga cosas... capitales... (examinando la carta). ¿Qué diantre contendrá? ¿Si iré yo á dar sin saberlo un golpe de Estado, ó á hacer alguna revolucion? (Procurando levantar el sobre). Si hubiera un medio de entrever... Despacio, Catalina; no abuses de tu elevada posicion.... Y ademas, ¿qué me importan los asuntos de la paz y de la guerra? Lo esencial es ver si Ludovico y Alberto están aquí... y el comandante á quien espero será muy fino... Héle aquí... ¡Oh! no tiene el aspecto mas galante.

ESCENA II.

CATALINA, el mayor KELLER *de bigote blanco y maneras de veterano.*

KELLER. ¿Con qué una persona del bello sexo me llama? ¿Sois vos, señorita? ¡Presente! ¿Qué hay que hacer en vuestro servicio?

CATALINA. ¿Es al mayor Keller, comandante en Marienstadt, á quien tengo el honor de hablar?

KELLER. El mismo.

CATALINA. Me han encargado que entregue esto únicamente al mayor. *(Presenta la carta).*

KELLER. ¿De parte de quien?

CATALINA. De parte de un desconocido que ha pasado por mi aldea, hace una hora poco mas ó menos.

KELLER. Veamos. *(Se estremece al reparar en el sello; luego se quita el sombrero, y hace un saludo militar).*

CATALINA. *(Aparte).* ¡Calla! ¡mi despacho recibe los mismos honores que mi persona!

(Keller, despues de haber leído la carta, lanza una risotada. Despues vuelve á tomar su aspecto de gravedad brusca, y mira á la aldeana con sus grandes espejuelos).

CATALINA. *(Aparte).* ¿Que quiere decir esto? ¿Cómo me mira!... He aquí el momento oportuno para preguntarle por los hermanos Hosten... *(Alto).* Mayor, ¿se ha relevado hoy la guarnicion de Marienstadt?

KELLER. *(Sin escucharla).* Buena sangre, en efecto; vigor y robustez; la piel fina y tostada por el sol...

CATALINA. ¿Es el tercer regimiento el que debe ocupar siempre la fortaleza?

KELLER. *(Lo mismo).* Líneas delicadas, pero los adherentes sólidos.

CATALINA. Vos lo sabreis, mayor; el coronel se llama Keller como vos... Tal vez sea pariente vuestro.

KELLER. *(Lo mismo).* Señorita, hacedme el favor de dar media vuelta á la derecha...

CATALINA. ¡Calla! ¿Cree que me enseña el ejercicio... Haré todo lo que quiera para que me responda. *(Gira á la derecha con gracia).*

KELLER. Mas prontitud en ese movimiento... así... muy bien... flexibilidad en el empuje... ¿qué me preguntábais?

CATALINA. ¿Si ha llegado la nueva guarnicion? El tercer regimiento... su coronel Keller...

KELLER. Han llegado y no han llegado; media vuelta á la izquierda ahora...

CATALINA. *(Ejecutando el movimiento).* ¡Ah! ya comprendo... la mitad está todavía en camino... ¿la cuarta y la quinta compañía han llegado ya?

KELLER. *(Reflexionando).* La cuarta y la quinta compañía... sí; es fácil que en alguna de esas dos compañías, podamos hacer negocio.

CATALINA. Con efecto; los sargentos Ludovico y...

KELLER. Diez y nueve años, ¿no es verdad?

CATALINA. No, veinte y dos.

KELLER. ¿Vos veinte y dos años?... es imposible.

CATALINA. ¡Ya! ¿vos habláis de mí? Disimulad; yo me refería á... al sargento...

KELLER. Diez y nueve años; yo estaba seguro de ello... yo conozco el sexo. ¿Cómo os encontráis?

CATALINA. Perfectamente, mayor. *(Aparte).* Mucho se interesa por mi salud.

KELLER. El pecho, el estómago, la cabeza, las piernas... ¿cuántas jornadas os determinais á andar por día?

CATALINA. Segun sean las jornadas.

KELLER. De tres á cinco leguas.

CATALINA. Entonces, dos... pero á propósito de jornadas, os preguntaba, si la quinta compañía...

KELLER. ¿Os gustaria ser cantinera?

CATALINA. ¿Cantinera? Eso dependeria del regimie nto Si fuese en el tercero...

KELLER. ¿A cuánto asciende vuestra dote?

CATALINA. *(Aparte).* ¿Que original es este mayor! ¿á dónde irá á parar? *(Alto).* No es una gran cosa mi dote... cien florines de oro.

KELLER. Es una dote... para un soldado...

CATALINA. Sin duda... y especialmente para un sargento. Pero vos no me decís si la quinta compañía del tercer regimiento...

KELLER. Si, ya arreglaremos ese negocio. Es una compañía escogida... hombres de cinco pies y seis pulgadas... y dudo que vuestra estatura... permitidme que... *(Saca la espada y toma con la hoja la medida de la estatura de Catalina).*

CATALINA. *(Aparte).* ¡Callá! ¿pues no me está midiendo? Si le pasára esto á mi hermana, ya estaba muerta.

KELLER. Cinco pies por lo menos... no es enteramente mal.

CATALINA. Mayor, ¿quereis por ventura alistarme en el ejército del rey?

KELLER. Ya eso está pasado en cuenta, hija mia... Solo me queda escoger el cuerpo... y creo que debeis formar parte de los granaderos...

CATALINA. ¿De los granaderos?... ¿Qué significa esto?... ¿os chanceais comandante?

KELLER. ¿Chancearme con esta carta? ¡Balazo!... Tomad, fuera misterios; podeis leer.

CATALINA. *(Tomando y leyendo la carta).*

«Orden al mayor Keller para que escoja uno de los granaderos mejores mozos de la guarnicion, y le case sobre la marcha con la chica que le entregue este despacho.»

«Firmado, el rey Federico H.»

¡El rey! ¡era el rey! ¡justo cielo!

KELLER. Con efecto. Pero ¿no os alegráis de haberle conocido?

CATALINA. *(Asustada).* ¡Casarme! ¡casarme sobre la marcha... y con un desconocido!

KELLER. ¿Qué es eso? ¿os quereis hacer de pencas?... ya os alegrareis antes de ocho días. Conozco lo que es el sexo. Es un buen pensamiento de S. M. para formar parejas que armonicen. El llama á esto casamientos de real orden.

CATALINA. Pero yo no quiero y nunca lo consentiré.

KELLER. ¿Vuestro consentimiento? yo tengo que cumplir con las órdenes de S. M. *(Toca una campanilla y aparece un soldado).* Orden del rey para el capellan: hay que celebrar un casamiento en menos de media hora. *(Vase el soldado).*

CATALINA. ¿En menos de media hora? ¡eso no es posible! ¡me han tendido un lazo!

KELLER. ¿He dicho media hora? es mucho: bastará un cuarto de hora. El tiempo que se emplee en medir ocho ó diez granaderos, y escoger uno proporcionado... (*observando á Catalina á cierta distancia.*) Dijimos cinco pies y algunas líneas... Necesitamos un hombre que tenga de cuatro á seis pulgadas... rubio, para que no se cruce la raza. Señora, (*haciendo un saludo militar*) volveré dentro de algunos instantes.

CATALINA. (*Aturdida.*) ¿No me encontrareis aquí! ¡primero me arrojé por ese balcón!

KELLER. (*Deteniéndose.*) ¡Ah! conozco al sexo. (*Toca la*

KELLER. No dejadla salir, no consintais que grite, ni que se arroje por el balcón.

EL SOLDADO. Bien, mi comandante. (*Váse Keller.*)

ESCENA III.

CATALINA, EL SOLDADO se pone con el arma terciada mirándola de frente, con los ojos fijos en los de Catalina, y siguiendo todos sus movimientos etc.

CATALINA. (*Después de un momento de consternación.*) Señor soldado: ¿sabeis lo que os mandan hacer? (*Silencio*



Federico dando la carta á Carlota.

campanilla y aparece otro soldado). Atención á la consigna.

EL SOLDADO. Bien, mi comandante.

KELLER. Vigílese á esta jóven, hasta que yo vuelva.

EL SOLDADO. Bien, mi comandante.

KELLER. No perderla de vista ni un segundo.

EL SOLDADO. Bien, mi comandante.

impasible del soldado). ¿Sabeis que sois el instrumento de la mas grande crueldad? (*Silencio.*) Si, me han sorprendido en el camino; me han enviado aquí para traer una carta... dicen que una carta del rey; pero yo no puedo creerlo... El rey es un hombre de talento y de honor, ¿no es verdad? (*Silencio.*) Pues bien, en nombre suyo me separan de mi familia, y me quieren casar violentamente con un soldado

del fuerte... ¡oh! vos que sois un valiente tened compasion de mí. (Silencio). ¡En nombre del cielo, dejadme salir! (Se dirige á la puerta, pero el soldado llega antes que ella y se interpone deteniéndola). Si mi corazon fuera libre todavia, yo pudiera darle... todos los soldados del rey son honrados... pero sabed que estoy prometida á uno de ellos, al sargento Hosten... ¿le conoceis? (Silencio). El morirá de dolor y yo de vergüenza... ¡oh! ¡mejor prefiero la muerte! Mirad, ¿qué os importa que yo entreabra el balcon y desaparezca? (Corre hácia el balcon, y el soldado se interpone.) Estais conmovido, lo conozco... vos teneis corazon... vos teneis, como yo, un padre y una madre, una prometida acaso, que os espera en el pueblo... Considerad su des-

ESCENA IV.

KELLER, CATALINA, EL SOLDADO.

KELLER. Ya era tiempo; lo conozco... vamos paloma, calmaos. Lo más peligroso se ha vencido. He hallado el hombre que os conviene. Vais á firmar con él este contrato matrimonial para el capellan. Dios exige mas que el rey... quiere el consentimiento de ambas partes...

CATALINA. (Menos abatida). El consentimiento. ¡Os he pillado!... ¿Es preciso firmar ese papel?... ¿Teneis necesidad de mi nombre? Pues bien, mayor, primero me harán pedazos que yo firme. (Se cruza de brazos delante de Keller).

KELLER. Desde luego hareis una excelente granadera.



Carlota dando la carta del rey á Catalina.

peracion si la anunciaran que ibais á uniros á la fuerza con otra muger. (El soldado estornuda). ¡Ah! señor soldado, (se echa á sus pies) en nombre de todos vuestros recuerdos de infancia, en nombre de vuestra familia y de vuestra prometida, en nombre de vuestro porvenir y de vuestra felicidad libertadme ó dejadme morir. (Mientras que el soldado estornuda, ella consigue abrir el balcon. La coge por el trage, y vuelve á su puesto). ¡Olvidais vuestra consigna? os han prohibido que me toqueis.

EL SOLDADO. (Estornudando cada vez mas). ¡Me conmueve! (Hace ademán de enjugarse las lágrimas, y sale Keller con un papel en la mano).

(Leyendo el contrato matrimonial). «Los que abajo firman, (aquí pondreis vuestro nombre) y el sargento Hosten del tercer regimiento de granaderos...»

CATALINA. (Aparte). ¿Qué oigo? ¡Hosten!...

KELLER. «Declaramos tomarnos reciprocamente por esposos. Marienstadt, 15 de mayo de 1780.» Ya lo veis; no es muy largo el preámbulo... ¿quereis, si ó no, firmar este papel? ¿decis que no? Entonces apelaremos á los medios estremos. (Va á tocar la campanilla, y Catalina le sujeta la mano).

CATALINA. Dispensad, mayor; no habia comprendido bien.... ¿Quereis repetirme el nombre del novio?

KELLER. El sargento Hosten.

CATALINA. ¿Será posible?

KELLER. ¿Y por qué no?... Tranquilizaos... es un joven bizarro... lo menos cinco pulgadas y media...

CATALINA. ¿El sargento Hosten, del tercer regimiento?

KELLER. Del tercer regimiento.

CATALINA. ¿Quinta compañía?

KELLER. Quinta compañía, vos misma podeis verlo. *(Le entrega el papel)*.

CATALINA. *(Aparte y regocijada)*. ¡Mi novio! ¡oh Providencia!... *(Keller mira á Catalina con admiracion)*.

KELLER. Y bien, ¿seguís rehusando?

CATALINA. Consiento, mayor.; estoy dispuesta á firmar. ¡Viva el rey Federico!

KELLER. ¡Enhorabuena! Estaba seguro de vuestro consentimiento... conozco bien al sexo... *(El soldado estornuda, y despues se rie. Keller le manda salir con gravedad por medio de una seña)*.

ESCENA V.

KELLER, CATALINA, ALBERTO HOSTEN.

KELLER. *(Llamando)*. ¡Sargento Hosten! ¡llegad.

ALBERTO. *(Entrando; saludo militar)*. Presente, mayor. *(viendo á Catalina)* ¡Catalina! ¡La hermana de mi novia! ¡Sobervio encuentro!

CATALINA. ¡Alberto! ¡el novio de mi hermana!... ¡Oh! ¡cruel contratiempo!

ALBERTO. Comandante, ¿cuál es la consigna?

KELLER. Héla aquí, sargento Hosten. En nombre del rey sois el designado para casaros con esta joven. *(A las palabras de en nombre del rey, Alberto echa armas al hombro; luego descansa el arma y queda petrificado)*.

KELLER. ¿Lo habeis entendido?

ALBERTO. Sí, mi comandante.

KELLER. Se os concede un cuarto de hora para que la conozcaís, y para firmar el contrato matrimonial que está aquí...

ALBERTO. Dispensad, mayor... sin duda la orden de S. M... el deber de la consigna... pero ya comprendereis que un cuarto de hora...

KELLER. ¿Argumentais?

ALBERTO. No, mayor, no... pero la sorpresa... el aturdimiento... No bien he llegado á esta guarnicion cuando me veo de pronto... casado... es como un cañon que se dispara antes que haya prendido la mecha... y ademas, ¿qué titulos son los míos para casarme con esta joven?

KELLER. Cinco pies y cerca de seis pulgadas... ella sabe que eso es lo muy suficiente... miradla, y haced lo que ella.

ALBERTO. ¿Cómo! ¿esta joven consiente en este casamiento?

KELLER. No desea otra cosa mejor.

CATALINA. Es decir, mayor, permitidme...

KELLER. Vos habeis exclamado, ¡Viva el rey!, y quisisteis firmar en seguida.

CATALINA. *(Con mimo)*. Yo me he equivocado, comandante. Yo creia que era Ludovico Hosten, mi futuro; y el señor, es Alberto Hosten, su hermano, el futuro de mi hermana... Vos me habeis engañado diciéndome que Alberto era de la quinta compañía.

ALBERTO. *(Lo mismo)*. Lo era hace un mes... he permutado con mi hermano; ved, mayor, á lo que nos espone una mala inteligencia.

KELLER. ¡Bah, bah, bah! Dejémonos de historias. Yo no conozco mas que la carta del rey: *(La vuelve á leer)*. «Orden al mayor Keller, para que escoja uno de los granaderos mejores mozos de la guarnicion, y le case sobre la marcha con la chica que le entregue este despacho.» Aquí no dice nada de hermano ni de hermana, ni de futuros. Vos sois la que me habeis entregado la carta; vos sois el sargento que he escogido; vosotros os casareis. Esta es la consigna; *(sacando el reloj)* lleváis cinco minutos perdidos; no os quedan mas que diez... arreglaos como querais... os dejo; y volveré...

CATALINA. *(Deteniéndole)*. Un momento, mayor; vais á saberlo todo... No fué á mí á quien el rey dió la carta; fué á mi hermana Carlota Reiwel... el rey se la encontró en el camino... Carlota no se determinaba á venir á Marienstadt, y yo quise venir en su lugar... Por consecuencia, mi hermana es la que debe casarse con Alberto... y si vos me casais con él, desobedeceis al rey.

KELLER. *(Dudando)*. ¿Si será verdad lo que dice?

ALBERTO. Yo estoy á las órdenes de S. M... para casarme con Carlota.

CATALINA. Si no dais crédito á mis palabras, mandad llamar á mi hermana, y os confirmará cuanto os digo. ¿Queréis que yo misma vaya por ella?

ALBERTO. ¿Queréis que los dos vayamos á buscarla?

KELLER. Si, para que os escapeis juntos... ¡Vamos, voto á mil bombas! ¡hemos hablado demas! Queréis ganar tiempo por medio de una mentira, pero á mi no me la pagaís... yo conozco el sexo. A firmar.

CATALINA. Por compasion.

KELLER. Ta, ta, ta...

ALBERTO. Haced que venga Carlota.

KELLER. ¡Chito!... ¡y firmad! hasta luego. *(Vase)*.

ESCENA VI.

CATALINA, ALBERTO.

(Momento de silencio).

ALBERTO. Y bien, Catalina.

CATALINA. Y bien, Alberto.

ALBERTO. ¿Qué será de nosotros?

CATALINA. ¿Cómo salimos de aquí?

ALBERTO. Yo, primero prendo fuego á Marienstadt, que casarme contigo.

CATALINA. *(Llorando)*. Y yo quiero mejor que me entierren viva, que ser tu muger.

ALBERTO. ¡Pobre Carlota!

CATALINA. ¡Pobre Ludovico!

ALBERTO. Abracémonos al menos por ellos...

CATALINA. Sí, abracémonos por ellos. *(Se abrazan)*.

ALBERTO. *(Cada vez mas furioso)*. ¿Juras no darme jamás tu mano?

CATALINA. *(Cada vez mas desconsolada)*. ¿Juras no darme jamás tu corazon?

ALBERTO. ¿De cdiarme toda la vi

CATALINA. ¿De maldecirme delante de todo el mundo?
 ALBERTO. ¿Y de enviar al rey á los infiernos antes que dar el sí delante del capellán?
 CATALINA. ¿Y de quemarte el cerebro antes que firmar este odioso contrato?
 ALBERTO. ¡Lo juro por Carlota!
 CATALINA. ¡Yo lo juro por Ludovico!
 ALBERTO. ¡Pobre Ludovico!
 CATALINA. ¡Pobre Carlota!
 ALBERTO. Cuando nuestros padres nos casaban á los cuatro, ¿quién nos hubiera dicho que semejante desgracia nos separaría?...
 CATALINA. ¡Separarnos, y en el momento que íbamos á unirnos!
 ALBERTO. No hay que desesperar... eso es imposible, puesto que ninguno de los dos ha de firmar.
 CATALINA. ¿Sabes lo que temo, Alberto? que no haga falta nuestra firma, y nos casen por fuerza.
 ALBERTO. (Encolerizado). ¿Por fuerza? ¡primero te arrancaré los cabellos, Catalina!
 CATALINA. (Con amargura). ¡Primero te sacaría los ojos, querido Alberto!
 ALBERTO. Es un servicio que hago á Carlota.
 CATALINA. Ludovico verá que le quiero.
 ALBERTO. Está convenido ¿no es verdad? Cuando vuelva el mayor me llenas de improperios.
 CATALINA. Y tú me tratas como á la última de las mugeres.
 ALBERTO. Le tiraré á la cara el contrato matrimonial.
 CATALINA. Y le diré que no me caso de real orden.
 ALBERTO. ¿Estás segura de cambiar?
 CATALINA. Ya lo verás... tú tampoco cederás.
 ALBERTO. Ya lo verás.
 CATALINA. Quisiera que Ludovico estuviera presente.
 ALBERTO. Yo quisiera que Carlota me oyese.
 CATALINA. ¡Desgraciado Ludovico!
 ALBERTO. ¡Desgraciada Carlota!... ¡Abracémonos otra vez por ellos, Catalina!
 CATALINA. ¡Abracémonos por ellos, Alberto!
 (Se abrazan. Entra Keller seguido de dos soldados. Cuando los ven se separan de pronto. Alberto mira á los soldados con inquietud).

ESCENA VII.

KELLER, CATALINA, ALBERTO, dos soldados.

KELLER. Sea enhorabuena... por fin os habeis llegado á entender. Ya yo lo esperaba... conozco el sexo. (Bajo á Alberto). En caso de duda, amigo mío, ya os traía un refuerzo; dos camaradas encargados de conducirlos al consejo de guerra, si no habíais firmado al cuarto redoble de caja. (Se oye un redoble). Es el primero. (Alberto hace un signo de asombro). Vos conocéis la disciplina: desobediencia al rey; pena de muerte... fusilado sobre la marcha. (Mostrándole la mesa). Vamos, sargento, la pluma en la mano.
 CATALINA. (Recobrando su aplomo). El no firmará, mayor; él no quiere firmar... ni yo tampoco. ¡El me aborrece; yo le odio; él me maldice; yo le doy al diablo! ¡preguntádselo!

KELLER. (Absorto). ¡Todavía! (A Alberto). ¿Vuestra promelida se chancea por lo visto?

ALBERTO. (Temblando). Comandante; esta no es mi prometida; mi prometida es Carlota, su hermana.

KELLER. Siempre la misma historia. Entonces haré uso de la reserva; (á los dos soldados) ¡avanzad, armas al hombro! ¡presenten; arma al brazo! Ya sabéis la consigna; basta... (Los dos soldados obedecen al mando, y se sitúan á la derecha y á la izquierda de Alberto.—Bajo á éste). Hacedla el amor ahora... yo os ayudaré con mi experiencia acerca del sexo, porque le conozco mucho; los tambores harán el oficio de serenata. Si al segundo redoble no estais á los pies de la muchacha, si al tercero ella no os tiende la mano, y si al cuarto no firmáis entrambos, creeré que preferís casaros con cuatro balas, que os servirán... muy calentitas!

ALBERTO. (Aparte y temblando). ¡Cuatro balas!... y lo hara como lo dice. ¡Dios mío!.. ¡Carlota!.. ¡Ludovico! ¡Que situación!..

KELLER. (Bajo). Y no mas palabras acerca de la consigna... nada se haga con esa jóven... respeto los sentimientos de las bellas... yo quiero opiniones libres y espon-táneas.

(Keller se sienta enfrente de los dos jóvenes, toma un periódico, y le recorre retorciéndose el bigote).

CATALINA. (Bajo á Alberto). ¿Qué te ha dicho?

ALBERTO. (Lo mismo). Nada... una palabra acerca de la ordenanza... el redoble... los tambores... (Aparte). ¡Oh! ¡me vuelvo loco!

CATALINA. (Lo mismo). Me parece que se apacigua... Cederá si proseguimos así... Vamos, valor; dime muchas injurias...

ALBERTO. Si, lo creo... (Aparte). ¡Vive Dios! quisiera mejor diez mil bayonetazos. (Alto). Catalina, alejate... ya ves que yo no puedo. (Suenan los tambores). No, Catalina; quise decir lo contrario, que te acercaras.

CATALINA. (Aparte). ¿Ya su cabeza se estravía?

KELLER. Sargento Alberto Hosten, ¿cuáles son vuestros sentimientos relativamente á la jóven Catalina Reiwel, destinada por S. M. á ser esposa vuestra?

CATALINA. (Bajo). Este es el momento. Dile que te causo horror.

ALBERTO. (Esforzándose). Pues bien, lo diré; Catalina me causa... (Redoble de tambores. Alberto se detiene y cae de rodillas). Yo te amo, Catalina, yo te amo con todo mi corazón; yo la adoro, comandante, yo la adoro. (Aparte). Yo no quiero dejarme fusilar.

CATALINA. (Aparte). ¿Qué es lo que está diciendo?

ALBERTO. (Bajo á Catalina). Yo te aborrezco, tranquilízate; pero no me desmientas porque me matan. (Catalina queda como perpleja).

KELLER. Muy bien. (Al final del redoble mira á Alberto que besa la mano á Catalina). Sargento Alberto Hosten, ¿la jóven Catalina participa hacia vos de iguales sentimientos?

CATALINA. (Desesperada). ¿Yo?... yo no le amaré nunca.

ALBERTO. (Bajo á Catalina). Catalina, en nombre del cielo!... (Alto). Ella no amará nunca á nadie mas que á mí. ¿no es verdad, Catalina? Mi querida Catalina, yo te suplico... si tu supieras... (Bajo). Dí lo mismo que yo... yo te explicaré... todo es en beneficio de Ludovico... (Los tambores preludian). Si, comandante, ella me ama... me ama

con frenesi... pero escusad el primer momento... en realidad me ama como yo á ella, y da al rey las gracias por todo... os las da tambien á vos... Los dos os las damos. (*Redoble de tambores*). ¿No es verdad, mi querida Catalina? (*Bajo*). Te repito que todo es en favor de Ludovico... se pierde si no me das la mano.

CATALINA. (*Aparte, y dudando*). ¿Ludovico perdido!... ¿y yo puedo salvarle?

ALBERTO. ¿Oyes, adorable Catalina? ¡Tu mano, tu querida mano!... si no quieres que espere de dolor á tus pies. (*Bajo y con furor*). ¡Házlo por Ludovico! (*Keller los mira*). ¡Por Ludovico! (*Catalina suspira y da la mano á Alberto*).

se acerca á la mesa: Se detiene. Empieza el redoble. Toma la pluma, luego la tira, y se enjuga la frente. Los tambores continúan. *Aparte*. ¡Fusilado, fusilado!.. (*Toma de pronto la pluma y se dispone á firmar*).

CATALINA. (*Corre y le coge la mano*). ¡No lo harás, Alberto!

ALBERTO. ¡No! ¡jamás! ¡antes morir! (*Silencio. Vase disminuyendo el redoble y cesa. Keller observa la escena retorciéndose el bigote; luego se levanta lentamente*).

KELLER. ¿No habeis firmado?

CATALINA. (*Con resolucion*). No señor, yo no me casaré mas que con Ludovico.



Alberto y Ludovico Hosten.

ALBERTO. (*Con alborozo*). Ya lo veis, mayor, ¡me ha dado la mano!

KELLER. ¡Del mal el menos! ahora sargento Hosten y Catalina Reiwel, no os queda mas que firmar el contrato que está sobre esa mesa.

ALBERTO. (*Aparte*). ¡Ay! esta es la mas negra.

CATALINA. (*Aparte*). ¡Firmar!... ¿Si tendré que hacerlo tambien por Ludovico?

KELLER. Vos primero, sargento.

ALBERTO. Si, mayor; voy... (*Aparte*). ¡Oh! Carlota... esto es imposible!.. (*Preludian los tambores. Se estremece y*

ALBERTO. (*Lo mismo*). No, mayor, yo no me casaré mas que con Carlota.

KELLER. (*A los soldados*). Entonces, cumplid vuestras órdenes. Prended al sargento... por el flanco izquierdo... marchen. ¡Al consejo de guerra!

CATALINA. ¡Al consejo de guerra!

KELLER. Para ser juzgado sobre la marcha, y fusilado despues como rebelde á las órdenes del rey.

CATALINA. (*Con espanto*). ¡Alberto!

ALBERTO. (*Entregando sus armas á los soldados, y disponiéndose á seguirlos*). Adios, Catalina; sé dichosa con Lu-



dovico, y dile á Carlota que muero por ella. (*Catalina cae sobre una silla*).

(*En el instante en que los soldados van á salir con Alberto, vuelven á sonar los tambores; se oyen gritos de ¡a las armas! y suenan trompetas, y repica la campana de la capilla*).

KELLER. (*Admirado*). ¿Qué es esto?

que tiembla). Si, Carlota. (*Keller se hinca de rodillas, y el rey le levanta*). Aparte las etiquetas, mayor; yo vengo aquí de incógnito... Si, Carlota Reiwel, una niña rebelde á S. M. que yo mandé á vuestro tribunal...

KELLER. ¿Cómo es esto, señor?

EL REY. Hace una hora que me paseaba por el campo como un simple mortal, cuando encontré á esta diosa de



Federico y los cuatro novios.

ESCENA VIII.

FEDERICO II, KELLER, ALBERTO, CATALINA, LUDOVICO,
CARLOTA, soldados.

(*Entran primero los soldados que escoltan al rey, y entre los cuales va Ludovico*).

UN OFICIAL. (*Entrando*). ¡S. M. el rey!

CATALINA. (*Viendo á Ludovico*). ¡Ludovico! ¡qué casualidad!

LUDOVICO. Mi compañía entraba en el fuerte al mismo tiempo que S. M... y Carlota...

ALBERTO. ¡Carlota con el rey!

EL REY. (*Se adelanta llevando de la mano á Carlota*)

TOMO XII.

las gracias, que respondió al nombre de Carlota. Yo me dije: casándola con un guapo soldado formaré una pareja admirable; ya sabéis que esta es una de mis ideas favoritas; la di una carta para vos, mayor, por la cual, sin que ella supiese nada os encargaba que le buscaseis un marido que armonizase con ella...

KELLER. Y con efecto, yo he recibido esa carta, señor, pero de las manos de esta otra joven... (*Señala á Catalina*).

EL REY. ¡Hola! Catalina, la hermana de mi mensajera... la que se ha determinado ocupar su puesto... otra rebelde que debemos llevar al consejo...

CATALINA. Señor, yo ignoraba, Dios lo sabe, que tenía el honor de traer una orden de V. M.

EL REY. ¿Y si lo hubiérais sabido, qué habiéráis hecho?

CATALINA. Francamente... no hubiera aceptado...

EL REY. ¡Cómo! ¡un despacho real!

CATALINA. Hubiera buscado otro portador, á mi hermano, por ejemplo, ó á mi tia que tiene setenta años. Ya hubiéramos visto si el mayor encontraba algun soldado para casarse con ella.

EL REY. ¡Brava y hábil, como me dijeron... y encantadora á fé mia! Como su hermana. (*La llama y la besa la frente*). Los reyes tienen tambien el privilegio de las barbas blancas... pero juzgad mi sorpresa, mayor, cuando habiendo vuelto á pasar hace una media hora, por el sitio donde yo habia visto á Carlota, la volvi á encontrar, guardando tranquilamente su ganado, cuando ya la creia casada con un granadero de Marienstadt. Me lo refirió todo... me ha pedido perdon... (*sonriendo*) pero yo me he enojado y he sido implacable, y he traído á la criminal al fuerte, donde espero que mis órdenes se cumplan por un casamiento en toda regla.

CARLOTA. (*Mirando á Ludovico*). Señor, por compasion... mi mano no es libre... está prometida á uno... yo os suplico que pongais á mi hermana otra vez en mi lugar...

EL REY. Siempre vuestra hermana. Pero ya no es tiempo... segun mis órdenes terminantes, mayor, Catalina estará ya casada.

KELLER. Casi, casi, señor... Medí á está jóven; yí que tenia los cinco pies; medí á mis soldados escogidos, y elegí á uno de cinco pies y seis pulgadas... al sargento Alberto Hosten... (*le indica*) pero he tenido que habérmelas con dos locos; la niña se ha insurreccionado, y el sargento tambien... en una palabra, acababa de amenazarle con el consejo de guerra, y ya iba á ser fusilado cuando V. M....

EL REY. ¡Fusilarle, mayor! ya era mucha rigidez...

KELLER. (*Sonriendo*). Los fusiles no estaban cargados todavía, señor... una chanza mia... conozco al sexo...

EL REY. (*A Catalina*). ¿Y por qué Catalina no quiere casarse con Alberto?

CATALINA. Porque está prometida á Ludovico.

KELLER. Eso es precisamente lo que me ha estado contando hace una hora, y lo que yo no he querido creer....

me presentan una orden de V. M... orden de casar al dador... el dador era Catalina... yo no he salido de aquí... yo no conozco mas que la consigna, y Catalina se casará con Alberto á menos que V. M. no dé una contra-orden.

CARLOTA. (*Arrodillada*). ¡Señor, una contra-orden!

LUDOVICO Y ALBERTO. (*De rodillas*). ¡Señor, una contra-orden!

EL REY. Solamente vos no implorais, Catalina. ¿Qué quiere decir eso?

CATALINA. Porque haya ó no contra-orden, yo no me casaré mas que con Ludovico, mi futuro!

EL REY. (*Riéndose*). ¡Eucantadora, deliciosa! (*A los tres arrodillados*). Levantaos, hijos míos... Alberto y Carlota, poneos aquí. (*Señala su derecha y Alberto y Carlota se ponen allí*). Ludovico y Catalina, poneos aquí. (*Señala á la izquierda; Ludovico y Catalina se ponen allí*). Dos hermanos... ¡hermosos granaderos! Dos hermanas, jóvenes soberbias! (*Sonriendo*). Mayor Keller, medid estas parejas.

KELLER. (*Sacando gravemente su espada y midiendo*). Cinco pies, seis pulgadas, contra cinco pies y pulgada y media; y cinco pies, cinco pulgadas, contra cinco pies justos.

EL REY. ¿Qué pensais de esta doble proporcion?

KELLER. Las dos parejas no van mal enteramente, pero Alberto iria mejor con Catalina.

EL REY. ¡Bah! ¡media pulgada mas ó menos! por otra parte, Catalina y Ludovico pueden crecer aun... está decidido; doy la contra-orden, y hago dos casamientos en lugar de uno...

LOS CUATRO JÓVENES. ¡Ah, señor! ¡Cuánta bondad!

EL REY. Añado doscientos florines de oro á los de maras...

CATALINA. Y los repartiremos como ya lo habíamos hecho.

EL REY. Una advertencia, hijos míos: mi sucesor tendrá necesidad, como yo, de buenos soldados. Vosotros estais casados por el rey de Prusia, no lo estais para el rey de Prusia.

FIN DE LA COMEDIA.

B***

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LAS CAPAS Y SOMBRERONES,

O EL MOTIN DE ESQUILACHE EN 1766.

I.

La moda, que hoy va desterrando las capas, al paso que importa de Francia los gabanes y otras mil distintas invenciones, va tal vez á conseguir dentro de poco lo que aun no hace muchos años costó una violenta sedicion en Madrid que derribó un odiado favorito y poderoso ministro, estando acaso á punto de cambiar la dinastía y arrojar del

trono á uno de los reyes mas distinguidos que han ocupado el trono español.

Siempre los españoles llevaron muy á mal el ser dominados por ministros extranjeros. Asi vemos levantarse las parcialidades de Castilla para resistir la opresion de Gelves, el ministro de Carlos V. Asi el reino todo se agita y se conmueve, y Madrid se levanta y arroja al jesuita Nitard en tiempo de la regencia de Ana de Austria, durante la minoría de Carlos II.

Fernando VI habia muerto dejando el reino en la mayor prosperidad, llenas de millones las areas reales, cuando vino á sucederle, precedido de los mas brillantes antecedentes, su hermano Carlos, rey de Nápoles, que tomó el

nombre de Carlos III, empero con él vino como su ministro, como su favorito, el marqués de Esquilache, que en las últimas guerras de Italia, había sido el asistente del ejército español, y desde este ejercicio, y desde esta humilde condición se había alzado á la de marqués y ministro. Era el ministro de hacienda de Fernando VI, el conde de Valparaíso, hombre de reputación pura é inteligencia conocida, el que fué nombrado embajador de Polonia, para que su alto empleo quedase para el marqués. En aquellos tiempos los reyes lo eran todo; una sola palabra suya bastaba á veces para matar á un cortesano; el marqués de Valparaíso contestó pues, espirando de pesadumbre á los pocos días de su destitución. Esquilache fué el ministro de Carlos III.

Sus providencias en un principio aparecían justas, pero á poco tiempo trató de intervenir en todos los negocios; impuso contribuciones á los bienes de la iglesia, y quiso también disponer de ellos. Desde aquel momento la masa de sus enemigos encontró un punto en que apoyarse y si hemos de creer á las tradiciones y algunas Memorias de aquel tiempo, entonces se concibió el proyecto, no solamente de arrancarle del poder, sino de hacer ver al rey que no podía llegarse impunemente á ciertas cosas, originando el famoso suceso que en ligerísimas líneas procuraremos transcribir á nuestros lectores.

Al entrar en el coche para salir á paseo una tarde Carlos III, llegóse á él un hombre con su capa larga y sombrero redondo, que era el traje común y del pueblo, y le entregó dentro de un memorial una esposición sin firma alguna en que se le hacía presente: que habiendo hallado al ocupar el trono, el tesoro real lleno de millones, apenas conservaba entonces algunos miles; que el marqués de Esquilache había comprado la mitad de Italia; que extraía del real erario y de las flotas muchos millones para su país; que el reino se hallaba hambriento, habiendo subido excesivamente todos los comestibles cuando los años habían sido generalmente buenos; que los tribunales superiores se hallaban desposeídos de autoridad, pues ni sus votos ni dictámenes servían en ningún asunto, sino que el marqués lo decidía todo por sí y ante sí, sin atenerse mas que á sus resoluciones; que los empleos se vendían públicamente y casi en almoneda, alcanzándolos el que daba mas dinero, no el que tenía mas merecimientos; que la justicia se hallaba desterrada enteramente del reino, ocupando su lugar la codicia, la ambición la tiranía, y la crueldad; que en casa del mismo marqués llegaba el escándalo hasta el punto de venderse públicamente el tabaco y varios géneros á precios exorbitantes, lo que proporcionaba su gran baja y decadencia en el comercio, siendo este por lo tanto un delito digno de llamar la atención, y de imponerle el merecido castigo, porque en tanto que el marqués había establecido en sus propias casas este tráfico impunemente, á un infeliz á quien se aprehendía con una libra de tabaco de contrabando, que apenas podía producirle cuatro ó cinco reales de utilidad para mantener tal vez una numerosa familia, después de grandes sufrimientos y de estar en la cárcel, se le sentenciaba á un presidio por seis ú ocho años; que hacía presente á S. M. que el marqués de Esquilache era un tirano advenedizo, opuesto al rey, á la nación, y á la iglesia católica, ofreciendo por prueba que se remitiese aquella representación al Supremo Consejo de Castilla, para que

clara y desembarazadamente y con el debido secreto informase sobre los particulares que contenía, para que S. M. misma conociese la verdad y determinase separar de su reino á un ministro tan cruel.

El rey entregó esta esposición á Esquilache, el que halló medio de paralizar que fuese remitida al Consejo Supremo de Castilla. Lejos de ver en este paso de los españoles una advertencia que amagaba su poder, trató de chocar casi de frente con el pueblo queriendo suprimir el uso de la capa larga y del sombrero redondo, trage tan antiguo, diciendo que era opuesto á la buena política y elevada gobernación de una corte tan suntuosa como la española, mandando que fuesen todos con el trage militar, *con capa corta y sombrero de tres picos, porque así se autorizaría en extremo quitando de la cara de los españoles aquel lunar que les suministraba el sombrero redondo, pues todos cubiertos con él, aun en medio del día, los representaba siempre sospechosos, y mas bien gente inculta y sin crianza, que cortesanos criados en la política; que á él le sería muy fácil cortar de raíz esta tan desapacible, ridícula y perversa costumbre, y que en su lugar establecería aquella laudable que dejaba espresada, pues S. M. dejaba á su cuidado este negocio.*

Tales son las palabras mismas con que el marqués de Esquilache pidió á S. M. la reforma del trage de los españoles, y que el rey Carlos tuvo la bondad de dejar á su diligencia, creyendo que era un asunto de ninguna importancia y cuantía. En efecto se privó de orden del ministro en todos los paseos públicos, procesiones, teatros, y dentro del real palacio el uso de la capa larga y del sombrero redondo. Los alcaldes de corte y los ministros de su ronda, fueron encargados de su ejecución, manifestando cierta tibieza y negligencia en el cumplimiento de esta medida. Se dió orden para que en todas las oficinas y dependencias del Estado no se dejase presentar á sus individuos con capa y sombrero redondo, *para que pudiesen manifestar con la decencia personal el distinguido honor con que S. M. les había atendido en los empleos que les había dado, y que, además del cumplimiento de su obligación, deberían acreditar su conducta y agradecimiento con S. M., desterrando la capa y el sombrero redondo y usando solamente el vestido militar, en el concepto de que sería reputado por indigno de obtener mas tiempo el empleo que sirviese todo aquel que recibiese con repugnancia esta real resolución.*

Hemos copiado literalmente esta orden, que inmediatamente y con prontitud fué obedecida por los empleados.

Animado el marqués con la obediencia de aquellos á quienes una orden suya podía desposeer y privar de su sustento, quiso dar un paso mas ajigantado en el proyecto que se había propuesto, y estendió una orden llena de grandes amenazas por una parte y de lisongeras espresiones por otra para los diputados de los cinco gremios mayores, encargándoles hacer notorio á todos sus individuos, que sería una cosa sumamente aceptable á S. M. el que se aboliese y desterrase el uso de la capa larga y del sombrero redondo, debiendo ser, todo el que lo contrario hiciese, digno de la real indignación, y que S. M. finalmente, ponía al cuidado de los mismos diputados el dar aviso de aquellos que contra el respeto debido á las órdenes del rey no las cumpliesen exactamente. Los cinco gremios encargaron á sus dependientes el cumplimiento de esta resolución. El marqués de

Esquilache creyó ver seguro su triunfo, pero estos pasos en que sucesivamente iba adelantando, produjeron un gran disgusto; hicieron tal vez que hombres entendidos y de gran cabeza, pero cuyos nombres han permanecido hasta hoy en el silencio, aprovecharan esta ocasion para un movimiento popular, el mas fuerte, el mas general que presencié jamás la capital de la monarquía española.

II.

Hizo el marqués publicar un bando para que todo el resto del pueblo se abstuviere de usar de la capa larga y del sombrero redondo. El 10 de marzo de 1766 apareció fijado este bando en todas las esquinas, y por él mandaba el rey, *que todos los generalmente habitantes en esta corte, usasen del vestido de militar, y en su defecto capa corta y sombrero de tres picos, bajo pena de seis ducados de multa y doce días de cárcel por la primera vez, doble uno y otro por la segunda, y por la tercera que quedasen á disposicion de la sala de Corte.* Estas penas se entendian con respecto á los plebeyos únicamente, pues que *los nobles quedaban á disposicion de S. M. para que les impusiese el castigo que tuviese por conveniente.* A pesar de haberse publicado este bando con todas las ceremonias de costumbre, y haberse impreso y fijado en todas las esquinas, fué inmediatamente arrancado por el pueblo, y en la mañana del 11 apareció en las esquinas y en el mismo sitio donde habia estado puesto el bando, una escitacion al pueblo concebida en los términos siguientes: *que se hallaban cincuenta españoles prontos á defender la capa y el sombrero redondo, y que á todo aquel que verdaderamente lo fuese y quisiese agregarse á este partido se le proveeria de armas, municiones y todo cuanto necesitase.*

En vano los alcaldes de corte acompañados de escribanos y alguaciles procedieron á arrancar estos pasquines, remitiendo uno de ellos al mismo rey Carlos III. Una fermentacion en los ánimos indicaba que se preparaba un gran golpe. Al mismo tiempo apareció en las esquinas todas de la capital la siguiente décima:

Yo el gran Leopoldo primero
Marqués de Esquilache augusto,
Rijo la España á mi gusto
Y mando á Carlos tercero.
Hago en los dos lo que quiero,
Nada consulto ni informo,
Al que es bueno le reformo
Y á los pueblos aniquilo
Y el buen Carlos mi pupilo
Dice á todo: ¡Me conformo!

III.

Esquilache no retrocedia. El día 12 se colocaron en varios sitios públicos los alcaldes de corte con sus ministros, los que con la mayor política y atencion reconvenian á los que transitaban por allí con las capas, recomendándoles que se abstuviesen del uso de este traje. A la atencion y al comedimiento con que hicieron esta advertencia por es-

pacio de cuatro días seguidos, sucedieron las órdenes mas terminantes del marqués de Esquilache, y empezaron los alguaciles á sacar la multa de seis ducados á los que llevaban las capas, y lo que es mas á cortárselas en la misma calle. Esta providencia fué sumamente sensible á cuantos no vieron en ella mas que un empeño del marqués en querer desterrar á todo trance el traje tan usual de la nacion, humillando al mismo tiempo la ejecucion instantánea de esta medida en medio de las calles y plazas públicas á cuantos eran víctimas de ella.

El día 18 un lacayo del duque de Cogolludo, hijo del duque de Medinaceli, caballerizo mayor del rey, fué detenido en la calle por llevar capa. Intentaron cortársela y sacarle la multa, empero echando mano á la espada hizo frente con ella á los alguaciles, se batió denodadamente con la ronda, y en un instante se le agregó mucha gente del pueblo que puso en precipitada fuga al alcalde de corte y sus alguaciles.

Ya desde este momento la inquietud crece, y anuncia estallar en un tumulto. Obsérvanse algunas cuadrillas de embozados que de cuatro en cuatro se paseaban por todas las calles con capa larga y sombrero redondo, pasando por delante de los cuarteles, provocando á los agentes de la autoridad, y manifestando claramente que iban resueltos á la defensa del traje que llevaban.

Se retiró á los alguaciles el cuidado de extinguir las capas, y se dió comision de ello al comandante de invalidos, mariscal de campo don Francisco Rubio, mandándole que con la tropa procurase contener la inobservancia que se notaba. Hubo algunos lances entre los soldados, que sin embargo no eran tan exigentes en el cumplimiento de las órdenes de Esquilache como lo habian sido los alguaciles, si bien estos tenian el aliciente de una parte de las multas que sacaban al tiempo de cortar las capas.

El día 22 de marzo era domingo de Ramos. Sin duda en este día debieron haberse concertado entre los directores de la fuerte oposicion que se preparaba al marqués de Esquilache, los medios de derribarlo de su poder, medios que se vieron ordenadamente puestos en accion al día siguiente lunes santo. Que el motin de Esquilache no fué un suceso debido á la efervescencia momentánea del pueblo, que no fué un efecto del furor popular que repentinamente y de improviso estalla, sino que fué una cosa hábil y de antemano largo tiempo convenida, lo prueba el curso que llevaron los sucesos, lo prueban las capitulaciones que entre los agitadores se ordenaron y establecieron antes de dar principio á tales movimientos para asegurar su fin, así como el inmenso suceso acaecido años despues, de que fué sin duda origen y causa el motin contra Esquilache, y en el que se dejó ver la venganza del ofendido Carlos III. No podemos resistir al deseo de dar una copia de las ordenanzas con que se afiliaron los que dirigieron el movimiento insurreccional de Madrid. Nuestros lectores encontrarán en su estilo y en su forma, cierto sabor que tal vez deja traslucir el carácter de las gentes que formaron dichas ordenanzas, pero que nosotros á fuer de historiadores imparciales, no queremos nombrar por no esponernos á calumniar ninguna clase de la sociedad, ni ninguna institucion religiosa sobre la cual pudieran recaer las sospechas.

El papel que contiene las ordenanzas, tal como ha llegado á nuestras manos, es como sigue:

Constituciones y ordenanzas inviolables que establece un cuerpo ó compañía en defensa del rey y de la patria para quitar y sacudir la opresion con que se intenta volar estos dominios.

1.º Primeramente se debe observar como punto inbio-
lable, que no se admita en este Cuerpo persona alguna que
no sea Español, y no solo Español por nacimiento, sino por
honroso, desinteresado y fiel; las cuales cosas ha de jurar
en honrra de Dios, de la fee, y de la Pátria.

2.º Que habiéndose hecho y formado este Cuerpo con el
principal objeto de abolir y quitar ciertos peximos sugetos
á la Monarquía, se siga en esta parte nombres y se observe
lo que disponga sin la menor replica por conbenir así á los
fines justisimos á que esta accion se dirige.

3.º Que unánimes todos hemos de hazer Juramento so-
lemne de no descubrirnos, y aunque llegue el caso de dar
ó poner á algunos de nosotros preso *sin* lo podemos libertar
no ha de poder decir otra cosa que, ni sabe ni tiene noticia
de que haia Caveza ó partido para este Ruido *sin* que oien-
do las voces y pareziendole Justas las siguio Vien Entendido
que sera de nuestra Cuenta interin estubiese en la Carzel
padeziendo mantener á sus hijos, mujer, y Madre con toda
la familia que tenga para que este temor no nos acosande
a la Ympresa de Guardar el silencio que es el norte de este
proieto.

4.º Que si interin llega este Caso ó en el mismo Lanze
necesitasen de algun Socorro qualquiera de nuestros Sub-
ditos se deberá entregar Yncontinenti para no dar lugar á
que la nezesidad obre acciones ruines que pudieran per-
judicar á el Honor de este Cuerpo.

5.º Qualquiera que cometa una accion Villana de inten-
to de forzar á que se nos agreguen con violencia poner las
manos en qualquiera persona sagrada, mujer ó Niño aunque
sean de los contrarios se le quitará la vida, pues nuestro
Animo es solamente que paguen con las suias los perxudi-
ziales y solo para estos se permite la violencia y mano hai-
rada por la prosecucion de este tan Ymportante proieto
quedandonos obligados á sostener lo que el castigado devia
mantener.

6.º Que si el Rei nuestro Sr. (Dios nos le guarde) aten-
diendo á las Vozes de nuestros Clamores se dignase condes-
cender á ellas dando á las Personas perxudiziales á la Monar-
quía y contra las que nos diximos destierro, pribacion de
Empleos ú otra sentenzia al mismo fin, mandamos se conforme
todo el cuerpo y que mude el sistema en Aclamaciones y
Vivas al Rei nuestro Señor y su Real familia dejándolo todo
sosegado.

7.º Que á ningun otro vecino se le perjudique en la me-
nor cosa antes bien se les anime y Empeñe á una accion en
que es tan Ynteressante la Monarquía.

8.º Que á las Jentes Ynferiores ó Muchachos que levan-
ten la voz y que por su mala Crianza puedan cometer algun
Escesso mandamos se les Governe para ebitarlos, pero si
con todo suzediere, Ordenamos se satisfagan todos cuantos
Ynsultos, desordenes, rovos, rapiñas y demas que hagan
por la nezesidad y sin embargo de no sernos honroso in-
cluir á estos en nuestro Cuerpo se les admite para instru-
mentos en incutazion de los ánimos.

9.º Que no se Yncluian mujeres ni se admítan hasta el
Casso que por Junta particular se determine.

10.º Que qualquiera que cometa Escandalo se le proiba
continuar en nuestro cuerpo.

Cuias ordenanzas mandamos se observen como si fueran
preceptos divinos, pues en esto consiste la felicidad, Honrra,
Grandeza, Estimazion, opulencia, y credito de la aflijida
España.

IV.

El Lunes santo fué el dia señalado para que estallase
contra el gobierno del marqués de Esquilache la indigna-
cion popular, largo tiempo comprimida. El domingo á las
cuatro y media de la tarde pasaron por delante del cuartel
de la plazuela de Anton Martin dos hombres embozados con
capas largas y sombrero redondo, llevándolo uno de ellos
blanco. A éste se llegaron dos soldados, y le mandaron que
observara la real orden, á lo cual respondió con tanta pa-
ciencia como entereza que se le quitasen de delante, y que
conociesen no queria hacerlo quando venia en aquel traje.
A tan atrevida respuesta determinaron los soldados pren-
derle, empero el embozado, terciando su capa, saca la es-
pada, y de un golpe de plano derriba á sus pies al solda-
do, haciendo retirar al otro aterrado con tal ejemplo de va-
lor; el embozado, vibrando su espada, continuó su paso
muy poco á poco, reuniéndosele el compañero que habia
permanecido presenciando el suceso.

Dióse principio al alboroto con diez y seis hombres
solamente, los que divididos de dos en dos bien pro-
vistos de dinero, y con orden de repartirse por todos
los extremos de Madrid, entraron en las tabernas; hi-
cieron beber á cuantos en ellas se encontraron, y sus-
citaron la conversacion de la capa y del sombrero, pe-
rorando eficaz y fuertemente contra las medidas del mar-
qués de Esquilache. Estas cuadrillas, compuestas cada
una de dos hombres, que sin duda no debian de ser de
los mas ignorantes, pues que estaban encargados de in-
flamar con sus palabras los ánimos de la plebe y demas del
pueblo, ya mucho tiempo hacia dispuestos á la insurreccion,
y que ademas ponderasen largamente la humillacion que su-
fririan los españoles de que un extranjero viniese á arre-
batarles hasta su traje, hicieron que los que ya antes ha-
bian obedecido á las repetidas insinuaciones de la autoridad
usando sombreros de tres picos, desatasen estos, y dándoles
la forma redonda saliesen por las calles gritando, *Viva el
rey, muera Esquilache*, asegurándoles que aunque eran
muy pocos al principio, se les agregaria á los pocos pasos
la mayor parte del pueblo, lograrían el alto nombre de de-
fensores de la patria, y que á semejanza de un rio que va
haciéndose mas caudaloso á medida que se aleja de su orí-
gen, así llegarían masas inmensas del pueblo de todos pun-
tos á la plaza de palacio á donde se dirigian. Cada una de
las cuadrillas de los dos hombres tenia destinado un bar-
rio; así es que allegando á sí las gentes que encontraban en
las tabernas, y las que por curiosidad se reunian con los de-
mas en las calles por donde iban pasando, desembocaron
ya en la Plaza las ocho cuadrillas componiendo un total de
mas de cuatro mil hombres, habiéndose encendido en tan
poco tiempo un fuego tan voraz que ya no le era dable apa-
garlo ni al altivo ministro Esquilache, ni al buen rey Cár-
los III.

Constituido este cuerpo de gente en la plaza Mayor, allí se distribuyeron las órdenes para todas las calles, llevando cada cuadrilla una especie de cabos que la gobernase, con objeto de que recorriendo todas las calles se engrosasen. El mayor número debía ir á la plazuela del Palacio. En vano los directores del motin dieron órdenes terminantes para que no se hiciese daño alguno. No es fácil contener las masas roto una vez el freno de la subordinación; así es que por todas las calles por donde pasaron fueron rompiendo los faroles, agregándose por fuerza cuanta gente encontraban, obligando á todos á quitar los picos del sombrero para que quedase redondo, y haciéndoles gritar, *Viva el rey, muera Esquilache!* Una de estas cuadrillas se dirigió á casa del gobernador del Consejo, don Diego de Rojas y Contreras, arzobispo de Cartagena, para obligarle á que poniéndose al frente de las turbas fuese con ellas á palacio. Otra, con ánimo menos pacífico, se dirigió también á casa del marqués de Esquilache resuelta á darle muerte si lo hallaba; penetró en la casa, cuya entrada vanamente intentaron defender el portero y un mozo de mulas, que fueron heridos, y les resultó la muerte á los pocos días; recorrió toda la casa, la examinó con la mayor escrupulosidad, y no pudo hallar á sus dueños, porque el marqués tuvo la fortuna de hallarse en el real sitio de San Fernando desde donde, avisado por uno de sus parciales, logró refugiarse disfrazado en palacio. Su muger, llena de consternación, pudo también disfrazada salir de casa por una puerta falsa momentos antes de que llegasen los amotinados, y halló un asilo en el suntuoso convento de las Salesas, donde tenía dos hijas educándose. Los amotinados se retiraron después de haber registrado una y otra vez la casa, después de haber roto las vidrieras y faroles, y de haber destrozado la mayor parte de los muebles, pero sin haber tocado á las alhajas de sumo valor que se hallaban en ella.

El punto de reunión de los alborotadores era el Palacio real. A él se encaminaban cuando la parte principal de los amotinados se encontró en la calle de las Platerías al duque de Medinaceli que se retiraba á su casa; hicieronle bajar del coche, cogieronle en hombros, y le llevaron á palacio para que fuese intérprete con el rey de los deseos de aquella gente. Asustado en extremo el duque de Medinaceli al verse en hombros de aquella turba, que si bien le obsequiaba con vivas y aclamaciones, era con la violencia natural de la situación en que se hallaba, les dijo que como buen español les protegería cuanto estuviese de su mano, que no abandonasen la lealtad española tan acreditada en todos los siglos por todas las naciones del mundo, explicándoles que el primer deber suyo era el respeto, amor, y obediencia á sus reyes y señores. El pueblo entonces respondió que estaba pronto á sacrificar inmediatamente su vida por el rey y real familia, pero que su empeño, en el cual se afirmaba y del cual no desistiría, era que muriese el marqués de Esquilache, y que en aquellos mismos términos debía el duque hacérselo presente á S. M. Así llegaron á palacio; el duque de Medinaceli subió á ver al rey, y le dió noticia de la agitación en que se hallaba el pueblo y de los deseos de los amotinados.

En este tiempo todas las demas cuadrillas que habían recorrido los barrios de Madrid, iban sucesivamente desembocando en la plaza de Palacio, en la que se encontró en breve reunida una masa de mas de doce mil hombres. El

duque de Arcos bajó para informarse de que clase de gente era la que allí estaba, y que era lo que pedían; pero en vano trató de inquirirle, porque no pudo entender entre tanta confusión ni recibir mas respuesta que los atronadores gritos que poblaban el aire de *Viva el rey, muera Esquilache.*

Alterado estaba el rey; medroso y confundido el altivo ministro; indecisos los cortesanos, sin saber qué hacer en aquellos momentos. Dióse la orden para doblar la guardia en todo Palacio, y se puso toda la tropa sobre las armas, estando á caballo los Guardias de Corps. En tanto, en el interior de palacio se sucedían las consultas las unas á las otras, y se pasó en esto toda la noche sin que descansasen un solo momento.

Esta noche, pasada en inútiles deliberaciones en el Palacio real, la aprovecharon los amotinados para recorrer los cuarteles de Inválidos donde se había puesto presos á los que no habían querido obedecer las disposiciones dictadas sobre el uso de las capas. Hallaron resistencia en el cuartel de inválidos inmediato á la *Casa profesa* de los PP. de la Compañía de Jesus, en que la guardia de prevención trató de rechazarlos haciendo una descarga de que resultaron tres ó cuatro muertos. Arrecióse la rabia de los amotinados con esta resistencia, y trataron á todo trance de tomar el cuartel, para lo cual se valieron de pegar fuego á las puertas y ventanas, y abalanzándose por ellas todos dentro sin cuidarse de la resistencia de los soldados, huyeron estos por los tejados, abandonando las armas y demas pertrechos militares, y dejando en poder de los amotinados tres presos que se hallaban en aquel cuartel.

V.

Al amanecer del Martes Santo cargó toda la gente sobre el Arco de palacio clamando con grandes voces porque saliese el rey á oírles. Daban la guardia de Palacio los cuerpos de Guardias españolas y walonas, los cuales formándose impidieron el paso deteniendo á los amotinados, pero no imponiéndoles el número del cuerpo de guardia que estaba en la casa de los Consejos, determinaron desarmarle y apoderarse de él. Prudente su oficial, permaneció sin hacer uso de las armas, no obstante las injurias y provocaciones que le dirigian y algunas piedras que le arrojaron. Menos sufrido el comandante de la Guardia walona, hizo una demostración para contener los sublevados, la que irritando sus ánimos fué causa de que la multitud se entregase á punibles escesos contra los individuos de este cuerpo que cayeron después en sus manos, y á los que profesaban un odio grande sin duda por su cualidad de extranjeros. Indudablemente hubiéranse apoderado del cuartel de los Consejos si un piquete de guardias de corps con espada en mano y pistolas prevenidas no hubiera procurado contener á la gente. La parte de Guardia walona que ocupaba los Consejos se retiraba en buen orden hacia la plazuela de Palacio, excepto un soldado que se reunió á una partida de fusileros de montaña que estaba conteniendo á los alborotadores en la calle Mayor. Irritáronse las turbas al verlo entre ellos, y exigieron á grandes voces y con furiosos ademanes que se les entregase aquel soldado. No conservamos el nombre del oficial que tuvo la debilidad de entregarle á las turbas y fué causa de que se cometiese un crimen indigno de un pueblo culto,

y que casi se resiste la pluma á describirlo. Tan luego como los alborotadores tuvieron en su poder al desgraciado soldado, formaron breve, espedita y tumultuariamente una especie de consejo de guerra sobre el género de muerte que deberian dar á aquel desgraciado; condujéronle bajo la primera reja de la cárcel de Villa, que hasta hace pocos años se hallaba situada en la casa del mismo nombre, amarráronle á ella fuertemente, é hicieron que un sacerdote de los que que se hallaban entre las turbas fuese á confesar á aquel desgraciado. Este infeliz extranjero, ignorante de nuestro idioma, contestó á las primeras palabras del sacerdote, *no entende*. Inmediatamente los mas próximos á él de los alborotadores empezaron á decir que habia respondido *que no entendia de confesarse*, y esta voz propagada con velocidad eléctrica acabó de escitar los ánimos, é hizo que mandasen al sacerdote retirarse sino queria experimentar su misma suerte; proclamaron que era un hereje extranjero, que habia dicho en alta voz que no entendia de confesarse, y comenzaron á descargar sobre él los mas próximos, fuertes garrotazos, y los mas lejanos, un diluvio de piedras con que le quitaron la vida, y viendo que aun despues de tendido en el suelo daba algunas señales de vitalidad, uno de los amotinados cogió una piedra de diez ó doce libras y le aplastó la cabeza; en seguida ataron una cuerda al cadáver, y lo pasearon por las calles.

No fué este el único esceso á que se entregaron con los guardias walonas. Viendo los alborotadores la fuga de estos, que se hallaban sin armas, era tal la rabia que contra ellos tenian, que fueron á buscarlos por todas partes, y al pasar por cerca de la plazuela de Santo Domingo y calle que baja á los Caños del Peral, encontraron una partida de ellos que se retiraba á sus cuarteles; diéron sobre ellos, y aterrados y llenos ya de confusion, sufrieron una carga de los alborotadores, de la que resultaron cuatros muertos y muchos dispersos que se refugiaron dentro de algunas iglesias.

Seguian entretanto arrastrando al infeliz á quien habian dado muerte en la *plazuela de la Villa*, llegando hasta pasarle y casi rozar sus pies con los de una pequeña Guardia walona que habia en la Plaza Mayor ocupando la derecha de otra igual de Guardia española, á la que no incomodaron. Irritados los walones de aquel insulto hicieron una descarga sobre los alborotadores, empero estos la sufrieron con el mayor denuedo aunque tuvieron de sus resultas cuatro ó cinco muertos. Cara costó esta resistencia á aquellos valientes militares, porque sin aterrarse por la vista de los muertos los alborotadores cargaron sobre los walones, mataron cuatro de ellos, hirieron malamente otros, y el resto tuvo que tomar la fuga. Uno de ellos atravesando el espacio de la plaza Mayor, se refugió en medio de las filas de los guardias españoles; creyó que allí estaba segura su vida, que aquel seria un sagrado que le libertaria, pero la turba se dirigió á esta guardia, exigió imperiosamente del oficial que lo entregase, y en vano éste empleó todos los medios de persuasion, vió sin duda que la tropa no estaba en ánimo de sostenerse contra el pueblo, y cometió tambien la debilidad de entregarle á los alborotadores, los que le amarraron á un poste del portal de Paños, y le dieron la misma muerte que al primero. Reunidos los dos cadáveres los llevaron arrastrando por varias calles, los condujeron fuera de la puerta de Toledo, y allí encendiendo una grande hoguera los redujeron á cenizas en medio de las mayores vociferaciones.

Se habia ya roto toda medida, el populacho no reconocia freno alguno. En vano anduvo todo el dia el duque de Medinaceli y el de los Arcos entre los amotinados procurando sosegarlos, y ofreciendo para ello de parte del rey cuanto pidiesen; no bastaban ya las razones; respondieron que *procuraban únicamente persuadirles á que se retirasen para no cumplirles despues nada, y que no dejarian la accion comenzada, ni darian crédito á nadie sino salia S. M. en persona á ofrecérselo, y que este seria el único motivo que serviria de rémora á tanta tormenta*.

En vano salen por las calles varios padres de San Felipe Neri y del convento de San Gil, los que con un crucifijo en la mano pretenden sosegarlos escitándolos á retirarse, y haciéndoles ver que Jesus habia sufrido en la cruz por dar la paz al pueblo cristiano. A todas estas católicas exhortaciones responden los amotinados que no era tiempo de atender á palabras, que eran cristianos y muy cristianos, pero que en el caso presente á no oír de boca del rey mismo la concesion de lo que pedian, no lo dejaban ni desistian de la empresa comenzada.

Esta insistencia, esta decision de los alborotadores probaba que obraban guiados por un gran consejo, puesto que el pueblo en aquella época cedia casi siempre á la palabra de los sacerdotes.

(Se continuará).

EL CONDE DE FABRAQUER.

SENTENCIAS Y PROVERBIOS INGLESES.

- Antes de cerrar los ojos, purifica tu conciencia, si quieres tener sueños dorados.
- Vale mas elogiar las virtudes de un enemigo, que alabar los vicios de un amigo.
- Calientate; pero no te quemes al fuego de las pasiones.
- El orgullo es una flor que crece en el jardin del diablo.
- El hombre paciente está siempre en su casa.
- El hombre colérico está mas á menudo fuera que dentro de su casa.
- ¿Quieres perfeccionar tu instruccion? instruye á los demas.
- Se lee mas pronto un libro prestado, que un libro comprado.
- Cuando ha terminado el sermón en la iglesia, comienza en tí.
- La fé es una gran señora, y las buenas obaas su séquito.
- Una fisonomía simpática es una buena carta de recomendacion.
- Pocos libros y pocos amigos; pero escogidos.
- Sea el honor una espuela para la virtud y no un estribo para el orgullo.
- La ignorancia modesta es una ciencia saludable.
- Si el orgullo se pone á vanguardia, que no se ponga la pobreza á la retaguardia.
- Amenazas sin poder son pistolas cargadas con pólvora sola.

TIPOS ESTRANGEROS.

EL BUHONERO DE FRANCIA.

Al reproducir con el lápiz las fisonomías de las diferentes profesiones, los artistas no revelan solamente los trages y las costumbres, sino que escriben sin ellos saberlo la historia de su tiempo. La espresion de las fisonomías; la acti-

tud, el traje de cada hombre, declaran, en efecto, mas ó menos, el carácter de una época. Sea lo que quiera, lo que hagamos, somos todos como una argila, que la sociedad modela á su imagen, y donde estampa el sello de sus convicciones.

Para convencernos de esta verdad, observemos los misales y los vidrios antiguos, las esculturas de nuestras catedrales, y se verá el carácter especial de la época á que pertenecieron. Véase la clase pobre con su carácter de humildad y de hipocresía; miramos al siervo con cierta sonrisa equívoca que revela su condición. El buhonero de entonces, camina con la cabeza baja y el aspecto pesaroso; se adivina que ademas de su carga lleva el peso de los malos tratamientos.

Mirad al buhonero de nuestros tiempos.

¡Qué serenidad, y cuánta firmeza en su posición! En su frente que se eleva, en sus ojos que miran con arrogancia, se reconoce al hombre libre que camina con magestad, no por la vereda del señor ó del rey, sino por la carretera que pertenece á todos.

Se advierte en la gorra que lleva en la mano, en su blusa de anchos pliegues, en su fuerte calzado, no se qué de trabajador y de soldado. La baliya no pesa en su robusta espalda, porque puede descansar en todas partes con entera tranquilidad. Los maderos en que se apoya no anuncian ningun derecho feudal; la aldea á la cual se dirige no es la propiedad de un baron en guerra con sus vecinos. La seguridad, la justicia, la paz reinan por todas partes. Puede

respirar libremente bajo las sombras, pensar en la familia ausente, y calcular acerca de las humildes ganancias de su comercio.

Puede mas, si le escita la ambicion, pues las puertas fatales que separaban las clases de la sociedad de los tiempos antiguos se han roto, el mundo de las esperanzas se abre para él como el mar al navegante; todos pueden izar velas y llegar mas ó menos lejos, segun su industria, su fortuna ó su audacia. ¿Quién sabe si el dueño de la quinta que vé á lo lejos comenzó como él?

Para gozar dignamente del presente, para sentir todo lo que debemos á los esfuerzos de nuestros padres, y para dar gracias á Dios de habernos hecho herederos de las mieses que ellos sembraron, seria preciso volver mas los ojos há-

cia lo pasado, no con la prevención pesarosa de hombres descontentos de un mundo siempre tan inferior á lo ideal; sino con la religiosa imparcialidad que quiere mirar y sabe comprender.

